
SEÑORA S
MI CUNADO ME ALIVIA
UN RELATO SOBRE LACTANCIA ERÓTICA.

MI CUÑADO ME ALIVIA

SEÑORA S

Copyright © 2024 Señora S
All rights reserved.
Sello: Independently published.

Sinopsis

Isabella siempre sintió que le debía todo a su hermana, cediendo a cada capricho, por irracional que fuera. Así, aceptó convertirse en su vientre de alquiler, dejar que le inyectara hormonas y mudarse a la casa de su cuñado, sin sospechar que su cuerpo cambiaría de formas inesperadas... y que esos cambios no pasarían desapercibidos para Lucas. Menos aún esperaba que el deseo despertara frente al hombre que debería ser intocable. Pero la verdadera sorpresa llegó cuando él se ofreció a calmar el ardor que encendía su piel y refulgía en sus pechos henchidos.

Una historia ardiente y prohibida, donde la tentación crece hasta que el deseo se desborda.

Capítulo 1

D E U D A

Siempre sentí que le debía todo a Georgia. Desde que me adoptaron nuestros padres, mi hermana quedó relegada como única hija, como la consentida de la casa a la que le bastaba con estirar la mano para conseguir todo lo que siempre deseó. Perdió una parte de su habitación, de la atención de sus padres, del dinero que ellos ganaban. Los «no» fueron más recurrentes. La negativa y la falta de todo lo que antes poseía, le hizo odiarme desde el primer momento.

Suspiré y miré la carretera frente a mis ojos.

Estaba a punto de llegar a su casa, a la gran casa que compartía con su esposo.

Ni siquiera fui invitada a su boda, me hizo fingir que tenía un compromiso urgente en el trabajo y quedé mal ante los invitados, y ahora, me pedía no solo uno de mis óvulos, sino también el útero para crear nueva vida.

Mis manos se apretaron el volante hasta que los nudillos palidecieron.

De no sentir la culpa que carcomía mi interior con hambre voraz, jamás hubiese aceptado. Lo cierto es que no quería. La pasé muy mal con la bomba de hormonas que me hizo inyectarme para conseguir mis óvulos y, cuando funcionó, me arrastró hasta su ciudad para que me implantaran el embrión y así quedar embarazada.

Gemí de frustración y me despeiné el cabello con una mano.

Mi cuerpo sabía lo que tenía que hacer, conducir se hizo algo mecánico en ese punto. Llevaba tres horas de camino y me faltaba un largo tramo, no obstante, apenas pasaba el tiempo. Mi mente se saturó con mil pensamientos, con diferentes maneras de rechazar el encargo de mi querida hermana mayor, no obstante, ¿cómo podía decirle que no a Georgia cuando me recordaba que por mi culpa no podía quedar en cinta?

Mordí con fuerza mi labio inferior cuando las ganas de lloriquear y renegar de mi suerte se apropiaron de mi pecho.

¡Dios, solo tenía veintitrés, no quería pasar por un embarazo, sola! Mucho menos si no me podría quedar con el bebé, aun cuando sería mío… No quería que mi hijo pasara por lo que pasé, que parte de su identidad muriera al entregarlo a otra mujer que no lo gestó en su vientre, cuyo ADN no era compatible con el suyo.

Pero si lo hacía, Georgia me lo quitaría, me lo arrebataría y luego…

Gemí cuando el dolor punzó en mi pecho, un dolor real que nada tenía que ver con mis emociones. Chillé y con una mano palpé mis pechos cada vez más pesados.

—¡Joder! —refunfuñé en voz alta y sacudí la cabeza, molesta.

Cuando las personas hablan de los efectos de inyectarse hormonas, nunca dicen de ciertas «patologías» que pueden ocasionar. La verdad, la ginecóloga a la que acudí después del tratamiento para hacer que ovulase, no entendió cómo terminé de esta manera, no se suponía que el crecimiento en los pechos y la producción de leche fuesen parte del paquete, pero me pasó.

Protesté y me sobé las tetas para aliviar la tensión, pese a que no sirvió de nada. Así como tampoco sirvió de nada que no me sacara la leche, que tratara de dejar que la producción se detuviese por su propia cuenta. Tampoco fue de utilidad cuando me la saqué, cuando tenía los pechos tan cargados que tuve fugas en el trabajo y en una reunión con amigos, en ambas ocasiones tuve que salir corriendo para que nadie se diese cuenta. Suficiente tortura pasé al tener que guardar muchas de mis prendas favoritas cuando me crecieron los pechos.

Ya no tenía un par de bonitos senos copa D, sino G. Y ni hablar del dolor de espalda y de pechos cuando estos crecieron y crecieron como si se estuviesen preparando para el bebé. No solo tuve que deshacerme o guardar varios vestidos y blusas, sino que tuve que comprar algunos sujetadores, aun cuando no tenía tanto dinero y no hallé los indicados en las tiendas normales.

¿Quién creería que encontrar un sujetador de contorno delgado y copa grande sería tan complicado?

Para colmo, no soportaba los sostenes por mucho tiempo y la irritación se hacía con mis pezoncitos que se crispaban a la mínima oportunidad.

¡Era un castigo! El castigo por querer negarme a la petición de Georgia.

Inhalé profundo y me concentré en el paisaje, en los pocos autos que iban a esa hora de la mañana. En el supuesto, tenía que llegar en una hora a la casa de Georgia, antes de que se fuese a su prestigioso trabajo en una firma de abogados, donde era una abogada *junior* o algo por el estilo.

Al menos no le quité la oportunidad de estudiar y la aprovechó. Cuando papá y mamá dijeron que no podrían enviarnos a las dos a la universidad, con gusto me ofrecí a esperar. Por supuesto, al salir del cole busqué trabajo en una floristería y encontré mi pasión junto a las rosas, gardenias, tulipanes y demás plantas que me rodearon y embriagaron mi olfato con sus perfumes.

Era de las únicas cosas que Georgia no podía recriminarme. La floristería la puse con mis propios medios, no usé el dinero de nuestros padres y cuando me independicé no acepté que me ayudasen con la renta del departamento.

Por supuesto, a Georgia no se le olvidó que, gracias a mí, estuvo en el hospital tras tener un aborto espontáneo a los dieciséis que la dejó estéril.

Yo solo tenía once, era la última persona que debió hacerse responsable cuando casi se desangra en nuestro baño.

Pasó hacía tanto tiempo y, aun así, lo tenía tan guardado en mi cerebro… Fue una noche relajada en la que nuestros padres salieron para cerrar un negocio a dos ciudades de distancia.

Ese día, como otros, llegó su novio, el asqueroso Dan. Sí, le apodé el «asqueroso Dan» porque, pese a que tenía solo once, me miraba con deseo. No me gustaba quedarme a solas con él porque se acercaba de más y siempre buscaba tocarme las piernas, avanzar entre mis muslos, pasar sus dedos por mis hombros y descender por mi pecho. Claro, cuando Georgia nos encontró la primera vez, le creyó a Dan cuando le dijo que yo le estaba coqueteando, nunca fue así, pese a que la culpa por no alejarme me hizo contener mi lengua cuando me hizo responsable de sus manos obscenas.

Aquella fatídica noche que lo cambió todo, su novio llegó a las veintiuna horas. Georgia me obligó a meterme a la habitación y me gritó para que no saliera, me regañó cuando traté de explicarle que solo quería algo de cereal para cenar, no obstante, no me dejó. Me empujó a la habitación y me cerró la puerta en la cara.

Quizá pude haber salido, pero no quería enfadarla más. Dan estaba furioso y se gritaron durante varios minutos, horas. No supe qué dijeron. Estaba famélica, así que me concentré en hacer mis tareas para no escuchar el rugido de mis tripas.

Como a las veintidós horas un portazo de la puerta principal me despertó y me hizo dar un

respingo.

Me mordí el labio y traté de sopesar si salir o no. No lo hice, al final, me ganó el miedo. Saber que Georgia estaría enojada me hizo recular y pensar dos veces lo que haría.

Soporté como una campeona hasta que las ganas de ir al baño me ganaron y tuve que salir. Fui sigilosa y… al parecer, no había nadie alrededor.

Feliz e incentivada, me dirigí al baño que encontré con la puerta entrecerrada. La empujé y mi sonrisa se desdibujó, mis párpados se abrieron y miré a Georgia, en el piso, con verdadero horror.

Estaba tirada, casi desmayada, cerca del váter, ensangrentada. De entre sus piernas brotaba una cantidad ingente de sangre. Estaba pálida. Siempre fue delgada, frágil y enfermiza, sin embargo, en ese momento me pareció incluso más joven de lo que era, más delgada, con la piel cetrina.

—¡Georgia! —grité y abrí la puerta con un estruendo que la hizo enderezarse contra la pared con dificultad.

Sus ojos se enfocaron en mí y me miró con odio.

—Estarás contenta —bramó con la mandíbula apretada.

—¿Qué? —pregunté sin comprender y me agaché a su altura para ver cómo estaba.

Tenía las ojeras marcadas, los labios agrietados y resecos, sus ojos no enfocaban y sus pupilas estaban contraídas.

Tragué saliva y quise acercarme más, quería saber si estaba helada, pero no me dejó, rehuyó mi mano que se alzó para tocar su frente.

—Por tu culpa, niña inútil, por tu culpa papá y mamá no lo saben, por tu culpa Dan me dejó, porque dice que ya no soy virgen, que debería estar con una niña como tú, que podrá adaptarse a su verga —gimoteó entre las lágrimas de tristeza y el rencor que estalló en su pecho. Sus ojos se fijaron en mí y se rio con aspereza—. No lo entiendo, ¿no te aburres de quitarme todo lo que tengo? —graznó y trató de pegarme.

Estaba tan débil que en cuanto alzó la mano para darme una bofetada, se le desplomó y cayó inerte sobre su regazo. Gimió bajo.

—Llamaré a una ambulancia —indiqué asustada, no por sus palabras, a decir verdad, que se librara del asqueroso Dan me alegró.

Dan no solo era un tipo muy raro, no solo le gustaba tocar a quien no debía, sino que tenía mucha más edad que Georgia, solo que a ella le gustaba porque era «atractivo», un hombre de mundo, un tipo alto, musculado, con buena labia que la mareaba con sus palabras. No era nadie, ni siquiera tenía trabajo, pese a que tenía veintidós años. No estudiaba y vivía con el dinero de sus jubilados padres. No obstante, para Georgia era lo mejor, era el hombre de sus sueños.

Sus ojos ardieron en ira cuando mencioné lo de hablarle a una ambulancia.

—¡Ni se te ocurra, estúpida! —siseó y se acercó, aun cuando su gesto se deformó a causa del dolor.

Con una mano me prensó de la nuca y me atrajo hacia su rostro con dureza. Tragué saliva y temblé entre sus manos, sabiendo que aquello no debía ser nada bueno.

—Si dices una sola palabra… Si se te ocurre hablar, le diré a nuestros padres que me pegaste y por eso tuve un aborto…

—¿Aborto? —cuestioné sin comprender a qué se refería.

Era tan joven e inocente que no estaba segura de qué le pasaba a mi hermana, pero jamás se me cruzó por la cabeza de que estuviese embarazada.

Se rio por lo bajo cual demente y me empujó, embarrándome la sangre con su mano húmeda en el cuello y el pecho.

—Sí, idiota, por tu culpa he tenido un aborto. Por tu jodida culpa, por hacer que Dan se alejara, por quitarme todo lo que me pertenece, por obligarme a dormir con una basura que ni sus padres querían. Me maldijiste cuando viniste a vivir a *mi* casa para arruinar mi vida. De no ser por ti… —jadeó y tembló, su rostro moreno se puso más pálido y sus párpados se cerraron y se desmayó contra la pared.

Grité del susto y, por un segundo, solo pude verla. Pálida, frágil, tendida sobre el piso del baño, enrollada sobre su cuerpo.

Sudé frío, tirité y mi cabeza funcionó al máximo, tratando de resolver cómo actuar.

Con prisa, me levanté y fui corriendo al dormitorio de nuestros padres para conseguir el teléfono de la casa y llamar a emergencias.

Cuando llegaron, Georgia seguía desmayada, por mucho que traté de despertarla, por mucho que hice para que volviera en sí, incluso le pegué con suavidad en la mejilla, pero nada funcionó.

Los paramédicos entraron y se la llevaron con rapidez. Les logré explicar lo sucedido, pese a que estaba tan nerviosa que casi no pude hablar con claridad. Me llevaron con ella y la paramédica que iba revisando sus vitales me prestó el móvil para llamar a papá y mamá.

En el hospital, me quedé sola por un buen tiempo, hasta que nuestros padres llegaron. En cuanto me vieron, se acercaron y les dije lo que pasó, llorando. Apenas me entendieron y mamá se fue a hablar con una enfermera que la refirió a la recepción donde dio la información sobre Georgia.

Esperamos unos minutos. Un doctor llegó a la sala de espera de emergencia y habló con papá y mamá. Mamá dio un gritito al escucharlo y se cubrió la boca, antes de abrazar a papá y llorar sobre su hombro.

Temí lo peor, y era mi culpa por no actuar más rápido y llamar a emergencia de inmediato.

Al principio, la idea era hacerle un legrado a Georgia, pero fue imposible retener los daños que provocó el aborto y tuvieron que quitarle todo lo que tenía, desde el útero hasta los ovarios. No solo fue el aborto, fue la forma, fue lo que hizo después, el tiempo que se esperó y su tardío embarazo.

Cuando despertó de la cirugía, nos dejaron verla. Lloró en cuanto vio a nuestros padres y les juró que no fue su intención. Su versión oficial fue que Dan vino por la noche, que discutieron. Él llevó algunas cervezas y bebió. Que cuando me vio en mi pijama se relamió. Según lo que dijo, los ojos de Dan se llenaron de codicia y entonces ella me encerró en la habitación para protegerme. Que lo calmó por un instante, pero que él quiso entrar a nuestro cuarto y tomarme para sí…

Tirité al escucharla y nuestros padres no estaban mucho mejor. Papá se engrescó como perro y mamá lloró con fuerza.

Georgia me miró y me regaló una sonrisa pequeña cuando ninguno de nuestros padres la observó.

Al resistirse, según ella, a dejarlo entrar para violarme, Dan la golpeó y le provocó el aborto, del que ni siquiera tenía idea.

—Solo quería mantenerla a salvo —susurró con dolor y se tocó el vientre.

Una mueca extraña se hizo con sus facciones de muñeca por un instante.

A Dan lo denunciaron, papá insistió tanto que no tuvo más opción que delatar a su exnovio y volvió a contar la misma historia una y otra vez, incluso me hizo mentir bajo amenaza o, de lo contrario, me delataría.

No estaba segura de mi participación en aquella treta, pero le seguí la corriente, hasta el punto de que llegué a soñar que Dan aporreaba la puerta y trataba de tocarme, que Georgia le cortaba el paso y me lo quitaba de encima.

Dan fue sentenciado y refundido en la cárcel, él sostuvo su inocencia, pero fue muy difícil que

alguien le creyera cuando lo encontraron borracho a unas calles de la casa ese mismo día, tras la denuncia.

Así, Georgia se convirtió en una heroína, y yo en su esclava por haberme salvado de las garras de su novio, por haber evitado que me hiciera lo imperdonable, a costa de perder a su preciado bebé y la oportunidad de tener uno en el futuro.

Me lo dijo tantas veces, que los sueños se guardaron como recuerdos, y ya no sabía si pasó o no. Solo tenía once y, jamás he logrado vislumbrar cuál es la verdad. Dos recuerdos se yerguen sobre ese día, el que creí que viví y el que Georgia narró una tras otra vez.

No estaba segura de la verdad, sin embargo, ¿cambiaba eso algo? No, estaba en deuda con ella, le debía mi bienestar, mi vida junto a su familia, tener padres que me quisieran así que, qué importaba regalarle a mi hijo, ¿verdad?

Capítulo 2

OBSCENO

Extrañamente, Georgia me recibió con los brazos abiertos, tanto en sentido literal como metafórico. Parecía emocionada con mi «visita».

No pudimos hablar mucho en cuanto llegué, no obstante, me mostró la habitación que ocuparía y me hizo sentir cómoda al enseñarme su preciosa casa y todo lo que había preparado para mi estadía. Incluso me dijo que me sintiera como en casa, que tomara lo que quisiera e hiciera cuánto me diese en ganas.

Nunca fui bien recibida por Georgia, así que me asombré y animé. De la nada se convirtió en la hermana que siempre esperé que fuese. Era amable, gentil, servicial y se interesó en mí. Supuse que era puro agradecimiento, después de todo, le daría a mi bebé. No solo era un óvulo, no solo era embarazarme y dar a luz. Y quizá la madurez le sentó bien, quizás estaba creciendo y se dio cuenta que mantener las antiguas rencillas carecía de sentido.

Al volver del trabajo, esa noche, cenamos juntas y hablamos durante horas. Georgia me preguntó sobre la floristería, sobre mis planes a futuro, sobre si tenía pareja y mucho más. Y no solo eso, sino que respondió cada una de mis preguntas. La primera, ¿dónde estaba su marido? No lo sabía porque nunca fuimos cercanas y antes de ese día Georgia se negó a darme más información de Lucas, su esposo, de hecho, si conocía su nombre era por mamá y papá, pese a ello, desconocía que era militar, bueno, marine. Por lo que dijo, estaba todavía en la base, pero pronto vendría para las vacaciones, así estaría en una buena parte del proceso.

—Quizá no sea conveniente, pero me encantaría que te quedases durante todo el embarazo, así podré ver crecer a mi bebé, tocarlo, hablarle y decirle que mamá lo quiere mucho —propuso con la voz tersa y una gran sonrisa en el rostro.

Se me congeló la cara cuando su boca se amplió al mostrar sus dientes rectos y súper blancos. Parpadeé y solo atiné a igualar su gesto.

No estaba segura si fue consciente de lo que me pedía, sin embargo, no me dio tiempo de procesar sus palabras puesto que de inmediato me lanzó otra bomba.

—He hablado con el especialista y lo mejor será hacer una inseminación artificial. Sé que teníamos contemplado la in vitro, pero creo que lo mejor es que sea más natural. Al final, debes estar a punto de ovular y cuando eso pase, las probabilidades aumentarán y las posibilidades de un embarazo múltiple crecerán y… —siguió parloteando durante varios minutos, aun cuando me quedé rígida y todo mi cuerpo se estremeció ante la idea de darle más de mis bebés.

Tragué saliva con dificultad y contuve el aliento. Ella siguió y siguió, como si no importara. Habló sobre tener más de un hijo, quizás una niña y un niño. Me enlistó los nombres para cada género y las remodelaciones que le haría a la casa para que los «nenes» estuviesen cómodos y tuviesen todo lo necesario.

—¡¿Te imaginas que pasaría si fueran más de tres?! —exclamó excitada, con un gemido de

exaltación que envió un estremecimiento a través de mi columna vertebral.

Así siguió por otra media hora, hasta que vio la hora y se levantó porque tenía que irse a dormir.

—Puedes quedarte dormida hasta la hora que quieras, hermanita. Creo que lo mejor es que te cuides desde ahora, así que debes dormir lo suficiente, alimentarte bien… bueno, eso último supongo que ya lo haces, de lo contrario… —chasqueó la lengua, sus ojos bajaron a mis pechos cubiertos por una sencilla camisa y negó con burla.

Todo mi cuerpo se anudó ante su inspección, ante el cambio entre sus palabras y sus gestos, porque me llamó «hermanita» y luego me insultó, o al menos así se sintió.

—No importa, estás perfecta así —concluyó después de un rato y se acercó para besarme la frente—. Gracias por esto, mi bonita Bella. ¡No sabes cuán agradecida estoy por el gran regalo que me darás! Y, simplemente no tengo palabras. Sabes que siempre he querido ser madre —su mano me acarició la mejilla y su mirada se dulcificó al enfocarse en mi rostro—, siempre quise cargar a un bebé con mis ojos, con mis rasgos, pero… —negó tras suspirar—. Sé que no fue tu intención lo que pasó hace años, lo que perdí por… por eso… Así que, muchas gracias por hacerme madre, hermanita —canturreó y volvió a besarme en la frente.

Tras una sonrisa y una mirada cariñosa, se alzó sobre sus pies y se fue a su habitación, al segundo piso.

El corazón me palpitó en las orejas, más bien fue un pitido constante que repercutió en todos los demás sonidos, en mi respiración tormentosa, en las imágenes que acudieron a mi mente y emborronaron mi vista.

Fue demasiado.

Cada una de sus palabras se quedó guardada en mi memoria, desde su latente entusiasmo, hasta la manera en la que pareció responsabilizarme una vez más por lo que sucedió hace más de diez años atrás.

No dormí bien, quise salir y tomar una copa del vino del que solo ella bebió, con la esperanza de que eso me relajara, sin embargo, escuché su voz, la manera en la que dejó impresa en mi cerebro la idea de que debía de cuidarme para el próximo embarazo, para el bebé que crecería en mis entrañas, un bebé que tendría mi sangre, que gestaría con algo más que solo mi cuerpo, para luego entregárselo a mi hermana.

Me repetí que las cosas malas estaban en mi cabeza, que su amabilidad inusitada era real, que sus comentarios pasivo-agresivos solo fueron el reflejo de cómo hablaba, pese a que no dijo nada malo.

Era mi mente peleando para encontrarle el sentido a lo que sucedió.

Me levanté por la mañana con un leve dolor de cabeza. Estaba todavía adormilada cuando llamó a la habitación y entró con una bandeja de porcelana con el desayuno.

—Buenos días, dormilona —exclamó con otra de sus sonrisas y dejó el desayuno sobre la mesa a la derecha de la cama.

Se sentó a mi lado y me miró con atención.

—¿Has dormido bien? Tengo planes para las dos. Te llevaré al doctor para que te revise. Quiero saber si los descuidos de la juventud han hecho que tu cuerpo no esté en óptimas condiciones. Descuida, creo que se puede arreglar. De cualquier manera, hasta mañana no viene Lucas, así que, por hoy, solo estaremos las dos y podremos encontrar una rutina de ejercicio y una dieta adecuada para quitar esa horrible grasa que te sobra —canturreó emocionada y, sin esperar mi respuesta, aplaudió y se alejó con la excusa de que tenía que ir a hacer ejercicio al gimnasio y no sé qué más.

Confundida, me quedé en la cama, todavía con las mantas sobre mi cuerpo, no quise quitarlas, no solo porque sus ojos me escrutaron con más que cariño, sino porque, como hacía más de una semana, tenía la camisa mojada, tanto, que estaba segura de que le daría un espectáculo.

Cuando se fue, pude respirar con calma. Me senté sobre la cama, con la mirada perdida en la puerta cerrada de la habitación. El ceño se me frunció al pensar en sus palabras y, quizá, la esperanza por creer que se estaba portando como una hermana preocupada, me hizo imaginar que sus comentarios no fueron maliciosos, que no estaba tratando de humillarme, solo, quería lo mejor para mí y el próximo bebé, ¿verdad?

Bajé los ojos y descubrí mis pechos inflados como dos globos de carne, cargados de leche. Alcancé la bandeja y me bebí el zumo de naranja con prisa. Necesitaba descargarme antes de salir de la habitación. Para mi mala fortuna, el cuarto no tenía baño. El único que había en toda la planta baja era el que estaba al otro lado del pasillo, frente a la cocina, así que las posibilidades de encontrarme con Georgia eran altas. Aun si me quitaba la camisa, mis pechos seguirían derramándose.

Me descubrí y tiré la camisa empapada al suelo. Mis tetas henchidas de leche gotearon y gemí, entre el dolor y el placer. Mis pezones estaban erguidos, gorditos, lo suficiente para entrar en la pequeña boca de un bebé, y, sobre todo, muy sensibles.

Mordí mi labio y me ordeñé con la mano cual vaca. Apreté los párpados para no gimotear cuando el líquido blanquecino salió disparado directo hasta el cristal del vaso que pronto estuvo casi lleno.

Con ansia, busqué dónde derramar la leche, porque estaba más llena que de costumbre, al punto que mi otro pecho, al que no estaba estimulando para drenarlo, goteaba sobre mi cuerpo, mojando el pequeño pantalón de pijama que llevaba puesto.

Con premura, y la leche casi derramándose del vaso, me levanté y fui directo a la ventana, que abrí para arrojar el líquido blanquecino al jardín trasero de la casa de Georgia.

Suspiré y gemí, angustiada, la leche brotó y brotó de mis pechos como si tuviese que alimentar a un ejército. Fue mi estupidez, no me descargué las tetas antes de dormir. Estaba tan ida con las palabras de Georgia que lo olvidé.

Me apreté ambos pechos con dureza para lanzar los hilitos de leche al jardín, sin importar nada más que vaciarlos. Gruñí cuando un escalofrío incendió mi sexo que palpitó al vislumbrarme en tal tesitura.

Debí parecer un cuadro, con el pantaloncito del pijama empapado de leche, con las tetas al aire, perladas, mientras de los botones de picos rosados salían disparados listones blancos para nutrir la tierra y las plantas al otro lado de la ventana.

Jadeé, el sexo me punzo y llevé una de mis tetas a la boca para succionar el líquido dulzón y delicioso que, cuando la probé la primera vez, casi me hizo correrme con su sabor.

A decir verdad, pese a que me parecía demasiado perverso, me gustó probarme y masturbarme cada vez que me sacaba la leche, aun cuando eso significaba que terminaba más caliente, deseando que un hombre viniese a mí, me abriese de piernas y se metiera profundo en mi coño para luego llenarme y embarazarme.

Sacudí la cabeza y succioné con más avidez, hasta llenarme la boca y tragar grandes cantidades de deliciosa leche.

Estaba mal, una parte retorcida de mi cerebro se sentía bien con la idea de quedar embarazada, de hacer que mis pechos siguieran lactando y creciendo y me convirtiera en una verdadera vaca. No estaba segura de cuál era la razón tras aquel «fetiche», aquella afrenta contra la naturaleza, sin

embargo, me excitaba y entraba en un círculo vicioso en el que me masturbaba, corría y drenaba las tetas una tras otra vez.

Tragué y me relamí al catar mi leche. Llevé la espalda contra la pared para acoger mejor mi seno y juguetear con mi perla durita y tentadora que aumentó el cosquilleó en mi coñito y provocó que el pantaloncito se humedeciera con mi lubricación.

Sin poder evitarlo, mi otra mano bajó a mi vulva y me toqué sin piedad, hasta alcanzar la cima.

Todos los músculos se tensaron, alcé la cabeza y la leche se derramó de mis comisuras hasta chorrear todo mi cuerpo que vibró con cada espasmo.

Mi sexo se abrió y cerró y quise meterme los dedos, pero si lo hacía no acabaría nunca, y tenía que concentrarme si no quería ser descubierta por Georgia.

Empapada con mis esencias, aun con los pechos hinchados, pese a que era más soportable, limpié todo y me cambié la ropa. Comí con rapidez para no levantar las sospechas y cogí más ropa para ir a la ducha.

No tenía más opción, no es que lo deseara o no, es que estaba más allá del racionamiento, de lo que podía controlar. Masturbarme, beber mi leche, jugar con ella, imaginarme siendo amaestrada por un macho grande, fuerte y dominante… me ponía. Debía ser todo un toro, un hombre rudo, que quisiera tomarme como quisiera y…

Gruñí. Me estaba volviendo loca, loca de remate.

Nunca tuve esas fantasías antes de las hormonas, a las que culpaba por cada una de mis desgracias, desde la lactancia, el deseo sexual peculiar, los fetiches que surgieron, hasta mis gustos más promiscuos. No fui una de esas mujeres que les gustaba divertirse con los hombres. De hecho, tuve dos novios a lo largo de mi vida como «adulta». Si bien solo tenía veintitrés y no era mucho tiempo como para enlistar a una serie de pretendientes, si tuve la oportunidad de hacerlo, solo que no quise.

Mi anterior pareja estuvo a mi lado durante tres largos años, hasta que terminamos por mutuo acuerdo. No había amor entre los dos. Nos queríamos como amigos y poco más. Lo cierto es que ni siquiera teníamos buen sexo. Sí, me encantaba que me comiera los pechos antes, durante y después de la penetración, sin embargo, carecíamos de la chispa necesaria y el sexo oral era impensable para él. Por supuesto, jamás le reclamé por ello, ni él a mí, a pesar de que, en el fondo de mi alma, supe que tampoco era lo que quería.

Antes de él, tuve otro novio que era reservado, más explosivo en la cama, más controlador fuera de ella y por eso lo terminé cuando se dio cuenta de que había un hombre que llegaba todos los días a la floristería y pensó que era mi amante, cuando el tipo le llevaba flores a su esposa fallecida todos los días. Fue la gota que derramó el vaso. Una lástima, porque con él descubrí que me encantaba hacer ciertas cosas dentro y fuera de la cama. Éramos dinamita pura cuando nos besábamos, cuando nos tocábamos, ni siquiera necesitaba previas para encenderme y mojarme por completo, para empapar sus dedos juguetones y enloquecerlo con el movimiento circular de mi pelvis.

No perdí mi «virginidad» con ninguno de ellos. Lo mío fue cosa de una sola vez, con un maestro, antes de graduarme. Siempre me gustó y… no sabía que estaba casado, no sabía que estaba haciendo mal. Él me trató tan bien que olvidé todo y me dejé llevar. Cuando fui consciente, ya estaba con su erección metida hasta el fondo de la garganta y dejé que lo hiciera, dejé que me dominara. El señor Philips era el maestro de Física, era un nerd, un nerd muy bien formado. Con más de 1.8 m de estatura, con hombros anchos, cabello rubio, corto y bien peinado, vestido con pulcritud y elegancia, me cautivó desde el primer instante y, al parecer, lo notó.

No tardó en coquetear conmigo. El señor Philips disimuló sus atenciones, sin embargo, las notas junto a los trabajos revisados llegaron una tras otra vez. Comencé a llegar temprano al salón para charlar con él. Tenía una mirada verde sugestiva que hacía temblar mis piernas, que podría ponerme de rodillas, bueno, lo hizo. No solo me puso de rodillas sin casi decir una sola palabra, sino que también me abrió de piernas y rompió el himen con una profunda estocada.

Nuestra primera y única vez fue… demandante para mí. Quería sentirlo más, pero mi cuerpo se negó a cooperar. Me dolía, aun cuando mi mente hizo cortocircuito, salí perturbada del motel al que me llevó. Las sábanas quedaron manchadas con mi sangre, las piernas me dolieron, de no ser porque apagué mi sentido moral, hubiese lloriqueado. Creí que era especial para el señor Philips, sin embargo, en cuanto eyaculó dentro de mí, sin condón, el móvil le sonó y respondió la llamada sin importar cómo me encontraba. Era su esposa, diciéndole que tenía que apurarse porque su hijo lo esperaba para cenar.

El alma se me partió y ya no solo me dolió el cuerpo. El señor Philips no se interesó por mí, no le importó calentarme, solo se fijó en su placer y me rompió. Lo permití, nunca dije que no, no fue forzado, no me obligó, y la verdad, de no ser por esa llamada, no me hubiese importado continuar. Mi mente estaba extasiada. Él me gustaba de verdad, estaba enamorada y, después de todo, estaba acostumbrada al dolor, en especial al dolor que no es provocado por la violencia física, así que, simplemente no lo vi, no vi que solo me utilizó como una muñeca.

Y quizá, todos los fetiches que estaban surgiendo con las hormonas, solo eran residuos de todas mis relaciones fallidas. Sí, lo quería dominante como el señor Philips, lo quería ardiente como con mi primera pareja, y lo quería amamantándose con mis pechos como con mi último hombre. Deseé que esa ilusión se prendiera de mi cuerpo y me hiciera alcanzar el éxtasis puro que creí merecer.

Era todo un espejismo.

Chisté y me metí al baño. Georgia no estaba cerca, así que anduve tranquila, me duché por un buen rato, y me exprimí las tetas en la regadera hasta casi dejarlas vacías, después de todo, si iba a estar con ella, tendría que ingeniármelas para no manchar la ropa.

Al menos, tuve la esperanza de que pasaríamos un rato agradable. Ya no éramos las de antes, ya no parecía odiarme, ya no le tenía rencor a la niña que sus padres adoptaron y, quizás ese simple hecho, hacía que todo valiese la pena. Al final, sería la tía consentidora de mi hijo…

Inhalé hondo y me aseguré de que podía hacerlo, por ella, por mí, por nuestros padres que se emocionaron al escuchar la noticia, incluso podía hacerlo por Lucas, su marido.

Sí, haría lo correcto.

Capítulo 3

LA VERDAD

Después de la ducha, ordené la habitación, lavé el pijama empapado de leche, me vestí para salir, me puse los parches de lactancia en las tetas y salí del cuarto después de abrir las ventanas para hacer que el aire fresco que entraba desde el jardín, hiciera que el olor a sexo y leche materna que viciaba el aire circulara y abandonara la habitación.

No pasaron ni cinco minutos cuando Georgia apareció por las escaleras, estaba duchada y bien vestida. No llevaba un vestuario formal para la oficina, en su lugar, usaba un vestido ajustado a su silueta delgada. Sus curvas eran suaves, tenía los pechos pequeños y redondeados, bonitos, la cintura marcada y las caderas realzadas, en especial por sus piernas largas. Su piel bronceada y morena brillaba bajo la luz del sol, y sus ojos grises resplandecieron. Parecía una muñeca. Tragué saliva y me sentí intimidada con su belleza.

Yo ni siquiera podía usar ropa normal, no me quedaba casi nada y para la floristería tendía a usar enterizos grises de jardinería u overoles anchos con muchos bolsillos, así que no me preocupaba mucho por la moda ni ninguna de esas cosas.

En comparación, parecíamos el día y la noche. Un día floreado, gracias al vestido de girasoles pequeños que llevaba, un vestido de tirantes gruesos, que en el supuesto no debería ser escotado, pese a que mis pechos pugnaban con salirse de la prenda que se ajustaba hasta la cintura y luego caía en una amplia falda hasta las rodillas. Donde ella era alta y espigada, yo era pequeña, con las caderas redondas y grandes, con el culo respingón, pero con las nalgas carnosas. Si bien tenía la cintura pequeña, muchas veces se perdía con las tetas que me cargaba. Era… incómodo.

Así me sentí.

Mi cabello suelto, caoba, entre rojo y castaño, hacía demasiado contraste con mi piel pálida, con las pecas en mi rostro, en el puente de la nariz, mejillas y hasta parte del escote. Y ni hablar de mis ojos grandes de muñeca quebrada, nada que ver con los suyos, gatunos, delineados, de ese tono precioso gris. Si bien el celeste de mis iris me encantaba, tenía esa clase de mirada de perrito que hacía que las personas me quitasen edad, bueno, hasta que veían mi cuerpo y tiraban a la borda sus cálculos.

Para más inri, Georgia poseía una elegancia innata y mágica que la hacía levitar sobre sus tacones de más de diez centímetros.

Los dedos se me doblaron dentro de las sandalias de tiras de cuero, de la sección infantil que conseguí a buen precio gracias a que tenía los pies pequeños.

Sí, no nos parecíamos en nada.

—¿Lista? —preguntó con retintín y una sonrisa dulce en los labios.

Asentí con la cabeza y la seguí hacia su coche último modelo, plateado.

En el camino hacia la clínica estuvo parloteando sobre lo que pasaría, sobre cómo al día siguiente, por la noche, su marido llegaría y, por la mañana del día siguiente sacarían las muestras de

su semen para meterlo en mi interior y así poder concebir un hermoso bebé que esperaba que se pareciera a Lucas.

—Bueno, al menos si se parece a ti, tendrá una buena masa muscular, ¿verdad, Bella? Quiero decir, tienes un cuerpo… robusto —concluyó con ese aire entre irónico y condescendiente que me hizo tragar saliva y morderme los labios, antes de soltar los pensamientos que bulleron por aparecer en mi boca y materializarse para parar su diatriba, sus insultos.

Jadeó con la fantasía y antes de estacionar en la clínica se giró para mirarme con gran entusiasmo. Sus ojos grises refulgieron.

—Si te soy sincera, me encantaría que se pareciera a Lucas. Él es un sueño de hombre. Es alto, musculoso, tiene el cabello rubio oscuro, rizado de las puntas, aunque como lo usa tan corto casi no se le ve. Su piel es bronceada, más por el sol, ¿sabes? Es súper atractivo, viril y… —Gimoteó, sus mejillas se colorearon y se removió dentro del auto—. Además, por supuesto, es un caballero. Y… ojalá esto salga bien, Bella. Lucas de verdad quiere ser padre, incluso está dispuesto a pedir traslado, vacaciones sin goce de sueldo, todo con el propósito de cumplir nuestro ensueño. Siempre deliró con verme embarazada, me lo dijo cuando éramos novios —su voz descendió, así como sus ojos que se fueron al tablero del coche. Suspiró con pesadez—. Estaba tan emocionado con la idea, que le confesé lo que pasó cuando éramos niñas, le dije que un hombre horrible, que se dijo ser mi novio, quiso abusar de ti y… ¿cómo iba a permitir que a mi querida hermanita le sucediera tal cosa? No, no podía, no después de lo que me hizo a mí, de la manera en la que quedé embarazada.

Sorbió su nariz y me eché hacia atrás al escucharla.

Acababa de insinuar que… ¿que Dan la violó?

Todo el cuerpo se me tensó. ¿Estaba bromeando o diciendo la verdad?

La oteé con fijeza. Una de sus manos quitó restos de lágrimas que no alcancé a ver, pese a que, cuando alzó la cabeza, tenía los ojos enrojecidos, así como la nariz.

—Gracias a ti, Belle, podré cumplir su sueño y el mío. Sé que nunca fue tu intención que perdiera a mi bebé, tentar a Dan. Sé que tu odio por mí ha sido superado, que si no viniste a mi boda y no quisiste conocer antes a Lucas es por la culpa que sientes, pero con este obsequio que nos darás… me harás inmensamente feliz y podremos seguir adelante. Claro, supongo que después del parto será difícil vernos, después de todo, no quiero que mi bebé se confunda, no quiero que al olerte, escucharte y sentirte crea que eres su madre, porque no lo serás. Belle, eres mi hermana, pero no dejaré que mi bebé te mire como su madre, lo entiendes, ¿verdad?

Parpadeé y estudié sus facciones dulces, sus ojos gatunos que se entornaron y me miraron con algo más que la sutil fragilidad que salió con su boca, con sus palabras con las que retorció toda nuestra relación y se sentó en el asiento de la víctima, sin embargo, ¿era lo que realmente ella creyó?

Traté de sonreír y asentí como si estuviese de acuerdo con sus palabras, con lo que creía, con lo que quería hacer después de que le entregase al bebé.

Una sonrisa satisfecha y rozagante se dibujó en su rostro y salió del coche. Cabizbaja, la seguí al consultorio. Por suerte, no tuvimos que esperar, Georgia hizo la cita para que me revisaran temprano.

En la auscultación, Georgia hizo una serie de preguntas bastante vergonzosas.

—¿No cree que está muy gorda, doctor? —inquirió con su mirada suave y delicada.

El doctor frunció el ceño tras revisarme por un instante y negó.

—Tiene un buen peso, de hecho, aunque me preocupa su espalda…

—Sí, seguro es por sus tetas gigantes, ¿verdad? No sé cómo es que puede caminar derecha con esas cosas obscenas y…

—Descuide, señora Lorenz, su hermana está perfecta. Estás perfecta —me aseguró el doctor con confianza, con la mirada fija en mis ojos, en la forma en la que me oculté y me ensimismé avergonzada.

—Sí, es cierto, que tonta. Ella está perfecta. Solo es que me preocupa —rebatió Georgia y siguió preguntando sobre si mis caderas no eran muy amplias, sobre si no era muy pequeña.

Recalcó que su marido era muy grande y yo muy pequeña. Mi poderoso metro cincuenta y dos era muy poca cosa para mi hermanastra.

El doctor cada vez se puso más ceñudo y, en cierto momento, cuando me pidió que me fuese a quitar la ropa para ver cómo estaba, animó a Georgia que saliera de la habitación para así revisarme con más intimidad.

Le agradecí con la mirada y me fui a cambiar. A regañadientes, Georgia nos dejó a solas y el doctor hizo su trabajo. No le dije de mis pechos, del daño que me ocasionaron las hormonas, me dio mucha vergüenza, no solo por lo que Georgia preguntó, no solo porque me sentí rara frente a él. Era un hombre agradable, en sus cuarenta, tal vez un poco más, con el cabello entrecano, de buena estatura y un cuerpo agradable. Tenía un gesto cordial, amable, y me miró sin malicia, con profesionalidad, aun así, no creí que fuese conveniente decirle que mis pechos se inundaban cada día, al menos dos veces, eso cuando me iba bien, de lo contrario, tenía que recurrir a cada ida al sanitario para exprimírmelos por unos minutos, para afrontar el trabajo o la vida misma.

En casa podía simplemente andar sin más que bragas, tener una jarra de cristal cerca que proseguía a llenar cada tanto con mi leche, pero fuera de casa todo se complicaba.

Pese a los inconvenientes, el doctor me encontró sana, en buen estado y, al parecer, tenía buenas probabilidades de quedar en cinta en los próximos días.

Al salir, Georgia me esperaba con el gesto serio, la barbilla alzada y los ojos clavados en la pared, enfurruñada.

El camino de regreso fue silencioso y creí, por un instante, ver a la misma hermana de mi infancia, la misma que me decía que era fea, que mis pecas parecían manchas asquerosas de lodo, que era insignificante y que papá y mamá me adoptaron porque me tuvieron lástima. Por un momento, volvió a ser la misma que me golpeaba cada vez que Dan se me acercaba, la misma que me encerró ese día… la que encontré en el baño y quiso golpearme para que no llamara a la ambulancia.

Me retorcí incómoda y aquello pareció sosegar su ímpetu.

Antes de llegar a casa pasamos por algunas tiendas, quiso tener un buen gesto conmigo así que trató de comprarme ropa, pero nada de lo que escogió me quedó. O la ropa era muy grande, o era tan pequeña que se me salían los pechos con obscenidad, como si fuese una cabaretera de un burdel de tres billetes.

Estaba tan cansada, que ya no puse atención a la forma en la que se refirió a mi cuerpo que pasaba de los halagos a los insultos cada dos o tres segundos.

Al llegar a casa, comimos y luego se fue a la oficina, así que aproveché para quedarme en cama, hasta que mis senos se pusieron tan rígidos y pesados que me obligaron a levantarme y drenarlos con lo que tuviese a mano.

Por la noche fue más de lo mismo, al punto de que me puse en piloto automático y regresé al cuarto que me asignó antes de sufrir por sus palabras que entraron por mis oídos, calaron en mi alma, arrastrándome por el valle de los recuerdos.

Me dormí en un suspiro, no quise atender más que a la debilidad de mi cuerpo, ni siquiera le hice caso al cosquilleo que rondó en mi piel gracias a la latente excitación, misma que me

acompañaba desde hacía varios días, desde que las hormonas surtieron efecto.

No, no estaba preparada para lo que venía, para lo que iba a descubrir, para el huracán que arrasaría con todo hasta llevarme al ojo, al centro de todo, donde sería alzada y dominada como tanto esperé por mucho tiempo que ocurriese.

* * *

Me desperté temprano.

Chillé del cansancio y la pesadilla que ensombreció mi descanso se esfumó en cuanto parpadeé con la suave luz del amanecer.

Refunfuñé y me removí.

Los pechos me dolieron cuando apreté la almohada que estuvo en mi cabeza horas atrás. Una sonrisita pequeña se dibujó en mi rostro al palpar el pijama y ver que no estaba empapada.

Fuese por las emociones, porque me saqué bien la leche el día anterior, o por todo, no mojé el pijama.

Con alegría, porque, más allá del fetiche, no me gustaba parecer una vaca real, me quité las sábanas y me levanté de la cama, con entusiasmo.

Estaba a punto de ir al baño cuando Georgia llamó a la puerta y, con timidez, adentró la mitad del cuerpo.

—Qué bueno que estás despierta. Buen día —saludó con tirantez, con nerviosismo y una sonrisa actuada.

—Buenos días —respondí con duda y la miré por un segundo.

Como el día anterior, iba todavía con ropa deportiva, solo que estaba sudada. Se mordió el labio antes de entrar. Me observó por un segundo y se sentó en la cama, a mi lado.

—Perdón —susurró—. Yo… estoy ansiosa y… Sé que no es excusa par a mi mal comportamiento, no debí haberte avergonzado con el doctor, ni decir nada de lo que dije. Tú… ¡estás hermosa, Bella! Siempre lo has sido. Y lo lamento, lamento haber dicho todo eso…

Sacudió la cabeza y la coleta que contenía su cabello oscuro se agitó.

Me relamí los labios y pensé en sus palabras, en la manera en la que el arrepentimiento se coló en sus facciones, en sus ojeras pequeñas que se marcaron debajo de sus ojos.

—Tranquila, lo entiendo a la perfección —aseguré relajada, soltando el extraño resquemor que se pegó a mi piel desde el día anterior.

Sonrió, una sonrisa pequeña y me miró con apreciación, antes de lanzarse a mi cuerpo para abrazarme con fuerza, pegarse a mi piel y susurrarme que me quería.

Le devolví el abrazo y supe que estábamos en el camino correcto o al menos eso creí.

Unos minutos después, tras disculparse dos veces más, con exaltación, salió de la habitación. Dijo que tenía que alistarse para ir al trabajo. Lucas llegaría pronto, así que tendría que hacer los preparativos para que al día siguiente fuese a la cita a la clínica.

Suspiré y me desplomé en la cama.

El mundo volvió a girar y sonreí.

Íbamos a estar bien. La pesadilla o, más bien, el recuerdo de lo que pasó cuando tenía once se desvaneció por completo. No, Georgia no era esa adolescente, no era la misma que me odió, fuese por lo que fuese, había madurado.

Me levanté de la cama y me aseé en el baño con rapidez. Quería sorprenderla con el desayuno, así que me apuré para ir a la cocina y prepararle su comida favorita. Sabía que le gustaba la avena fría con frutos rojos y semillas.

Preparé lo necesario con prisa, incluso me asombré por la destreza de mis manos. Cierto, no era torpe, no obstante, jamás fui tan eficaz.

Como no bajaba, decidí sorprenderla como hizo ella conmigo el día anterior, incluso me planteé

la idea de ponerle una nota en la bandeja y decirle que le daría los hijos que quisiera, aun cuando cabía la posibilidad de convertirme en una fuente de leche, en una vaca.

Georgia merecía ser feliz, merecía ser madre, tener una familia. Y aunque sabía que no se lo debía, que verdad o no, lo que sucedió años atrás no fue mi culpa, sí quería que supiera que estaba para ella, que la ayudaría con lo necesario.

Subí al segundo piso y escuché su voz a través de las paredes. Seguí el sonido y bajé la bandeja sobre una mesa decorativa entre las habitaciones para llamar a la puerta y abrirla. No quería tentar a la suerte y botar lo que preparé.

Antes de golpear la puerta con los nudillos, la escuché con claridad. Me paralicé, mi mano cayó y la verdad se coló por mi cuerpo como veneno que corroyó mi interior, mi alma.

La puerta se entreabrió y la vi.

Se estaba terminando de vestir, sentada en su gran cama.

—*¿Segura que la tienes en tu mano?* —preguntó al otro lado de la línea una voz femenina.

Tenía el móvil en altavoz.

Georgia chasqueó la lengua y su gesto se desdibujó con la burla marcándose en su boca en un mohín irónico.

—Claro que sí, Cherry. Ella sigue creyendo lo que le dije hace años. Hice bien en repetirlo hasta que se quedó guardado en su mente de niña mocosa. La culpa la corroe por lo que hizo —graznó con sarcasmo—. Claro, no sabe que en realidad lo único que hizo fue tentar a mi novio…

—*Y ni eso…*

—Claro que lo hizo, Cherry. Puede que a esa edad no tuviese las horribles tetas que se carga ahora, o ese culo gordo, pero te aseguro que no dejó de pasearse frente a Dan hasta que lo enloqueció. Imagínate, usaba esos minishorts, con su carita de mosca muerta se sentaba cerca de mi novio y él no podía sacar sus ojos de sus piernitas. Me lo dijo, se imaginó su sucio coño y…

—*¡Era una niña!* —cortó la otra y mi corazón se detuvo cuando al fin comprendí todo. Tragué saliva con dificultad—. *No puedes culparla de eso, Georgia. Ese novio tuyo era un puerco, un degenerado y…*

—Da igual. Ella es la culpable. Si me hubiese dejado deshacerme del feto como planeé, no me hubieran hecho el maldito legrado y ahora podría manipular a Lucas con los malditos niños, bueno, solo hubiese tenido uno, pero es suficiente para retener a un hombre…

—*¿Y me lo dices tan campante?* —reclamó la otra.

—No seas así, Cherry. Eres el amor de mi vida, solo que… ya sabes, no puedo divorciarme de Lucas. Pretender que amo a mi marido, que soy una buena esposa y demás chorradas, hará que me den el ascenso. Es más que solo un ascenso, bebé. Sabes que, si logro alcanzar la cima en el bufete, podré cambiar las cosas. Es momento de que los dinosaurios que obligan a las trabajadoras a estar casadas y tener horribles niños para dirigir el bufete sean removidos. Si fuese por ellos, ni siquiera me hubieran nombrado abogada junior. Por eso necesito que Lucas esté bien, darle un niño para que se tranquilice y olvide el divorcio. Además, la estúpida de Isabelle me lo debe, me debe su útero, sus óvulos, me debe su vida y lo sabes.

—*Me molesta que digas esas cosas, cariño* —rezongó la otra—. *No entiendo por qué le guardas tanto rencor a tu hermana.*

—Ella no es mi hermana —zanjó Georgia con la mandíbula apretada y su boca se endureció.

Mis hombros se hundieron, la tierra bajo mis pies tembló, el frío del ártico se hizo con mi piel, mis huesos y mi carne. Me olvidé de todo, del sentido de las palabras, de mi corazón que fue cada vez más lento, hasta detenerse con el odio que despidió su voz.

—*No voy a pelear por ello, cariño, la verdad, me importa poco. Si te llevas o no bien con ella, me da igual. Aun*

así, no entiendo por qué te empecinas en conservar un puesto en una compañía que no te aprecia más. Eres brillante, Georgia. Eres increíble, una mujer impresionante que debería estar en la cima de su profesión, en cambio, te ahogas deseando una vida que no quieres, junto con un hombre, cuando no te gusta él, cuando te disgusta que quiera hijos, cuando llevan años sin tocarse, al punto que le permites que te sea infiel y, el colmo, ahora quieres robarle un hijo a tu hermana, a la niña que tus padres adoptaron, una joven de solo veintitrés, a la que quieres dejar sin trabajo, sin familia, sin su hijo, porque, digas lo que digas, quieres que se encariñe del bebé al crecer en su vientre, para luego arrebatárselo. Sé que tienes esos pensamientos mezquinos, y no lo entiendo. La odias tanto, que has fraguado un tonto y macabro plan para burlarte de ella, para darle a tu marido un bebé que él no te ha pedido en mucho tiempo, bajo la excusa de un trabajo que no quieres. Sí, sé que podrías construir algo mejor que esa firma de abogados que quedará a tus pies cuando…

—Calla, Cherry —siseó Georgia y su cuerpo se crispó.

Estaba sentada sobre la cama, con la falda ejecutiva puesta, en tacones, con el cabello arreglado, maquillada con pulcritud para realzar sus ojos de gato, solo le faltaba terminar de abotonar su camisa. Su rostro se desfiguró y se tensó. Su ceño se frunció, así como sus labios apretados.

—Hablas así porque no lo entiendes, no sabes cuánto he perdido por culpa de esa huérfana. No solo fue a Dan. Sabes que lo amé. Es al único hombre que he amado. Y cada vez que tuve una nueva pareja hice hasta lo imposible para que no la conocieran, para que no cayeran con ella, para que no hicieran caso a sus «encantos» de niñita santurrona. Puede que no lo entiendas, porque no te tocó ver a tus padres preocupados por una callejera que necesitaba atención psiquiátrica porque su verdadero padre la disciplinó…

—*Recuerdo que me contaste la historia y dudo que las golpizas que le daba fueran disciplinar* —señaló Cherry con retintín.

—Me da igual. Nada de lo que vivió con su familia le dio derecho de quitarme la mía. De no haber sido por ella, Dan me habría aceptado, no habría cuestionado mi virginidad, no habría pensado que nadie más, se hubiese quedado a mi lado cuando pasó lo del embarazo. Así que sí, tengo todo el derecho a robarle todo, porque *es mío* —bramó encolerizada, haciendo hincapié en la última palabra.

»Y sí, retendré a Lucas porque puedo y quiero. Le daré al maldito bebé y todo lo que siempre debió pertenecerme será mío. Sabes que el fastidioso contrato prematrimonial lo respalda, que solo iba a aceptar un bebé que llevara mi apellido. Puede que no lleve mi sangre, sin embargo, esa es su culpa por no pensar mejor. ¿Sabes que el depravado, al ver su fotografía en casa de papá y mamá, casi se le salen los ojos? —chasqueó la lengua con repulsión.

»Así que sí, le daré a esa maldita perra, se la envolveré en papel de regalo para que se coma toda su asquerosa grasa para que luego dé a luz a sus bebés grandes que le deformarán la vagina. Si por mi fuera, la encerraría en el sótano, la haría adelgazar, la molería a palos para después, desnuda, regalársela al salvaje de Lucas para que se la coma viva. Porque eso es lo que merece. Lo haría sin dudar de no ser por mis padres. Si pudiera, la encerraría hasta que diese a luz y luego la dejaría morir de hambre, mientras, que divierta a Lucas, así al menos me dejaría en paz.

—*¡Estás mal, cariño!*

Bufó y sonrió, una sonrisa grande y macabra.

—Lo sé, pero es justo lo que te gusta de mí, ¿verdad? Sé que sí, Cherry. Soy tan perversa, pienso tanto fuera del enmarco moral de la estúpida sociedad… —jadeó con crueldad y su sonrisa se amplió, sus ojos se iluminaron y se tocó los pechos con la mano libre—. Ahora mismo quisiera tenerte frente a mí, amor, quisiera desnudarte, hacer jirones tu ropa y luego comer tu delicado y suave cuerpecito. ¡Joder!, de solo imaginar tus pequeñas tetas ya me calenté. Sí, mordería esos

pezoncitos pegados a tu piel, los mordería hasta arrancarte gritos de placer, y luego te metería la lengua por el agujero que chorrearía sobre mi garganta, así como en la oficina hace días. Llorarías y te metería el puño en tu sucia vagina, lo metería con fuerza, hasta reventarte el coño, ese coño que me pertenece, porque eres mía, bebé.

Di un paso hacia atrás, cargada con toda la información que no quise escuchar. La verdad reventó contra las paredes de mi cabeza mientras las obscenas palabras de Georgia resbalaban de mis oídos, de mi piel, como si la cera me cubriese. Tarde, demasiado tarde.

Había escuchado todo, todo lo que siempre debí saber, lo que nunca quise entender. No solo me odiaba, Georgia quería hacerme cosas malas, quería todo de mí, hasta mi vida.

Capítulo 4

ENJAMBRE

Dejé la bandeja sin tocarla, mis pasos me llevaron por las escaleras, hasta el piso inferior. Sin pensar, con la vista emborronada, pese a que no tenía lágrimas en los ojos, me dejé caer en el sofá sin siquiera ver dónde me encontraba.

Un pitido agudo perforó mis tímpanos, mi párpado derecho se tensó y tuve que parpadear para que el músculo volviese a su lugar. No sentí mi corazón, tenía la sangre congelada, el estómago cerrado y mil ideas pasaron por mi mente sin que pudiese comprender ni una sola.

Su voz golpeó mis oídos, una tras otra vez, hasta perforar mis tímpanos y traspasar directo al cerebro que se desinfló y envenenó con sus palabras.

Siempre lo supe, siempre entendí que Georgia me odiaba, que sentía un fuerte resentimiento por mí, por lo que según ella vivió por mi culpa, porque me hizo responsable de cosas que estaban fuera de mi alcance.

Georgia… Creí que había cambiado, una parte muy pequeña en mi interior brincó cuando sus palabras resonaron el día anterior, cuando me insultó una y otra vez al burlarse de mi apariencia, pero jamás consideré que su animadversión fuese tan grande y profunda.

Quería mi hijo porque sí, por un contrato prematrimonial por lo que logré comprender, porque quería evadir el divorcio, porque quería lastimarme al quitarme la única familia «real» que tendría.

Cerré los ojos y traté de respirar, aun cuando el aire no pasó por mis fosas nasales, aun cuando mi cuerpo rígido y frío se negó a expandir los pulmones para que el oxígeno entrase.

Temblé, temblé llena de repulsión, de indecisión. Por varios minutos, no me moví, solo dejé que el torbellino de pensamientos, recuerdos y palabras lo arrasara todo a su paso, sin darme una respuesta.

Quise levantarme, me visualicé haciendo las maletas, subiendo al segundo piso para decirle un par de palabras nada agradables y dejar todo atrás. No obstante, al girar, papá y mamá estaban ahí y me reprocharon por no darles el bebé que debía ser su nieto, por quitarles la oportunidad de ser abuelos, de hacer feliz a su única hija y…

El mundo dio vueltas, tantas, que el mareo ascendió por mi cuerpo hasta arrancar los cimientos de mi psique, hasta que la bilis arañó mi garganta y estuve a punto de vomitar.

—¿Te sientes bien? —preguntó Georgia en el último tramo de las escaleras, mirándome con atención y fingida preocupación.

Mi estómago dio una voltereta, el planeta se detuvo y todo lo que vi fue a una hiena que me cambiaría por un céntimo a un hombre perverso para que me hiciera lo impensable. No, ella no era mi salvadora, no era mi hermana, no era nadie, era peor que la mierda, peor que el padre que me pegó cada que estuvo borracho, hasta que una rencilla en el bar lo alejó de mi lado. Era peor que lo que viví en el orfanato cuando las monjas nos castigaban metiéndonos a celdas frías y vacías donde se perdía la cordura, era peor que Dan, que trató de tocarme, peor que el maestro que me engatusó

para abusar de mi confianza y dejarme tirada tras ultrajar mi cuerpo, aun cuando mi mente creía que estaba en un prado. Quizá gracias a mi padre biológico estaba acostumbrada al dolor, incluso quizá disfrutaba de ser dominada y quizá por eso no quedé satisfecha con mi última pareja, no obstante, no dejaría que ella me pisoteara.

En absoluto iba a permitir que Georgia me corrompiera y se llevara todo de mi lado.

Inspiré hondo, la vorágine en mi mente se detuvo, las piezas cayeron en su lugar, mis ojos se enfocaron en su rostro de muñeca, en su expresión de fingida preocupación y dulzura.

No, Georgia no merecía nada de mi parte, no era nadie en mi vida y no estaba dispuesta a dejarme arrastrar por su perversión sin oponer resistencia.

Dibujé una sonrisa en mis labios.

—Tranquila, no pasa nada, solo estaba pensando.

—Vaya… Bien, supongo que cuando lo haces te quedas en blanco, ¿verdad, Bella? —ironizó y su rostro se suavizó como si no volviese a insultarme—. Ah, por cierto, me ha encantado el desayuno. No soy de comer tanto, ya sabes, hay que mantenerse siempre linda, delgada. Es cuestión de casadas, supongo —le quitó importancia al agitar la mano.

La bandeja en su palma tenía los platos sin comida, pese a que no lo creí, no cuando bajó por las escaleras, giró hacia la cocina y pude ver la salpicadura a un lado del cuenco. La avena escurría a un lado, lo que significaba que vertió el contenido. Sí, dudé que se hubiese comido lo que le preparé, lo más seguro es que lo desechó, fuese porque lo hice yo o porque era una maldita sociópata que desperdiciaba la comida.

Mis músculos se tensaron y casi bufé.

En definitiva, ya no era una niña que se dejaba llevar por sus palabras, por su manipulación. La vi, por primera vez, la vi con claridad, vi al monstruo asqueroso que tenía por hermana, bueno, ni a eso llegábamos.

«¡Mejor!» —pensé, porque no tenía planeado quedarme quieta, no de nuevo.

Que papá y mamá me perdonasen, fueron tan buenos conmigo que por un momento lo dudé, no obstante, no iba dejarme doblegar por Georgia nunca más.

—Vendré tarde hoy, Bella —canturreó desde la cocina donde se lavó las manos con meticulosidad.

Me levanté del sillón y la seguí a la cocina.

—¿En serio?, pero ¿no se supone que hoy viene tu marido? —inquirí con fingida turbación.

—Sí, es cierto, de hecho, ayer por la noche me habló y parece que su vuelo saldrá antes de lo previsto o algo así. Si no es mucho inconveniente, puedes abrirle la puerta. Seguro vendrá cansado, así que subirá las escaleras y dormirá hasta que vuelva. Sí, debe estar ansioso por verme de nuevo —comentó con «ilusión».

«¡Ya, claro!» —reflexioné sin creerlo.

—Por desgracia, esta mañana me han llamado de la oficina. Ha surgido una cosa importante que debo hacer, así que tendré que quedarme hasta las tantas en el bufete, pero seguro puedes hacerte cargo. Puedes comentarle a Lucas sobre los planes de la inseminación. Está tan emocionado con lo del bebé, que puede llegar a abrumarte.

—Yo le digo —aseguré y un plan cruzó por mi mente.

Así que su marido y yo estaríamos solos… todo gracias a la llamada de la oficina. No le creí, por supuesto, seguro la llamada fue la que recibió de su amante, de la tal Cherry. Lo más probable es que quisiera quedarse para cumplir su fantasía, la misma que escuché sin querer, la misma en la que confesó ser una vil y vulgar dominatrix.

Mis ojos se entornaron por un segundo, para luego sonreír hasta mostrarle los dientes. Sí, también tenía mis planes, unos que acabarían con lo que tenía…

Capítulo 5

VENGANZA

Dicen que la venganza es un platillo que se come frío, que planeas hasta que lo tienes sobre tu plato y te saboreas los labios con anticipación.

Reconozco que en cuanto se fue Georgia mi mente fraguó una y mil posibilidades para llevar a cabo mi cometido, pensé en mil «incidentes» para seducir a mi «cuñado». En mi mente se proyectaron los diferentes escenarios en los que su marido quedaba cautivado conmigo y luego lo arrastraba hasta mis dominios para que dejara a su mujer.

Si lo que dijo en la llamada mi *queridísima* hermana era verdad, Lucas quería el divorcio. Dudé que la raíz de sus problemas residiera en su infertilidad, su amante aseguró que hacía mucho tiempo no le pedía ser padre, mucho menos tenían intimidad. No eran un matrimonio de verdad. Él estaba lejos, le era infiel según Georgia, y ella… ella tenía a una mujer que deseaba someter.

Bueno, si su marido era tan susceptible a las infidelidades, podía volverme otra más de su lista. No me prendía la idea, no solo porque no lo conocía, pero el solo pensamiento de arrebatarle parte de su estatus a Georgia me hizo gemir.

Tras meditar la situación, me levanté del sofá. Bufé al ver que tenía la camisa empapada, mis pechos revotaron con cada paso y la leche salió en gotas gruesas que siguieron el recorrido de sus predecesoras para mojar las prendas que llevaba puesta.

Fue una suerte que no sucediera cuando Georgia estaba.

Siseé cuando el dolor me perforó y un calambre retorció mi vientre para hacer que casi me corriese en medio de la sala de mi hermanita, de mi dulce hermana.

Chisté.

Lo de la lactancia era un gran inconveniente. Le gustaran o no las mujeres curvilíneas, Lucas podría aborrecer lo que le ocurría a mi cuerpo. Sabía que a muchos hombres les disgustaba la leche materna, ver a una mujer dándole pecho a sus bebés era algo natural, sin embargo, no era aceptado por muchos. A su vez, había personas a las que le podía generar morbo, podían sentir curiosidad por cómo se ven los pechos cuando están cargados y la leche se escurre por los pezones erguidos como riachuelos delgados y blanquecinos. Si entraba en esa última categoría, podía saciar su curiosidad y seguir adelante con mi plan. El detalle era si le parecía repulsiva, si me condenaba gracias a parecer una vaca.

Y, había una tercera categoría, una que, de solo pensarla, hizo que mi sexo se estremeciera hasta mojar las braguitas.

Jadeé y sacudí la cabeza.

¿Qué iba a pasar si él, si Lucas, quisiera follarme con más fuerza al tiempo que se bebiera mis ubres?, ¿lo iba a poder soportar?

Me mordí el labio inferior con fuerza y me sostuve a respaldo del sofá para no caer en una espirar ante esa imagen de mi cuerpo siendo subyugado por un hombre hecho de sombras, grande,

fuerte y varonil que succionaba mis tetas con exigencia.

Sin quererlo, sin buscarlo, mi mano libre ascendió hacia mi pecho y me lo apreté con violencia, derramando la leche sobre el brillante piso de Georgia.

No me detuve, al contrario, me acomodé contra el sofá para apretarme ambos senos y exprimirme los pezones para mojar todo a mi paso, para dejar que los latigazos de placer bajaran por mi centro hasta estallar contra mi vientre bajo, electrificando mis extremidades para alzarme en un bucle de placer en el que me corrí entre estremecimientos como toda una vaca lechera.

Gimoteando, me recompuse y admiré el suelo bajo mis pies, cubierto de leche fresca y recién ordeñada. Me reí por lo bajo.

Quizá debía dejarle el regalito a mi hermanita preciosa. Ver lo que mi cuerpo produjo derramado sobre el suelo me hizo pensar en las bestias salvajes que marcan su territorio.

Negué con la cabeza y, sin cambiarme, busqué lo necesario para limpiar el desastre, no por ella, sino porque no podía estar segura de la reacción de su esposo. No quería estropearlo todo, pese a que una parte pequeña de mi cerebro se negó a entender que lo hacía todo por culpa de Georgia, que mi venganza estaría justificada y que solo le daría justo lo que ella quería, pero no de la forma en la que esperaba.

Tragué saliva tras limpiar y un escalofrío de culpabilidad hizo tambalear mis ideas.

No, no podía vacilar. Desconecté mi cerebro y me puse en marcha.

* * *

Mis dedos pasearon por todas las telas suaves y finas que conformaban las prendas de Georgia. En un intento por querer lucirme ante mi cuñado, busqué algo entre sus cosas que me quedara.

Lo tenía claro, llevaría una camisa que dejase ver mis pechos, o tal vez un vestido, y, por debajo, solo usaría mis braguitas preferidas, unas bragas negras de encaje que se metían entre mis mejillas gracias a que estas forzaban a la tela a abarcarlas sin éxito. La prenda íntima era delicada, suave al tacto y dejaba ver mi vientre con elegancia.

El detalle es que no tenía nada más. Podía ponerme una camisa de tirantes de satén que usaba de pijama de vez en vez. Los tirantes eran finos, no hacían nada para luchar contra la gravedad que pesaba sobre mis tetas llenas, pero realzaban los pezones y se admiraba la redondez de mis tetas gracias a que me quedaba un poco floja y la tela se metía unos milímetros en el canalillo.

Por supuesto, no tenía nada para usar por debajo. Si me ponía el pantaloncillo a juego con la camisa, parecería lo que era, es decir, un pijama, al final, el pantaloncillo tampoco era demasiado sensual todo por culpa de las tallas extra que agregué al comprarlo, lo que hizo que la parte de arriba quedase floja, mientras que la de abajo perdía forma porque no me apretaba de la cintura y el encaje del borde caía sobre mis muslos sin gracia. Ni siquiera se me veía la sombra del trasero, aun cuando lo tenía más grande que el promedio, más carnoso y voluminoso, no dejaba de ser una mujer de metro y medio, así que la ropa perdía su forma cuando le agregaba tela para cubrir mis curvas, algo que no me interesaba al tratarse de pijamas, de prendas que nadie vería.

Bufé y revisé la ropa de Georgia. No me gustó la idea de coger algo de su armario, al mismo tiempo, se sintió como si al fin pudiese tocar algo suyo sin sentir culpa por ello. Una sensación complicada de describir.

Pasé por los vestidos, todos talla treinta y dos. Muy pequeñas para mi cuerpo, muy estrechas para mis curvas, muy… No, no cabía en nada.

Mis ojos se iluminaron cuando llegué a un short cortísimo que seguro a Georgia le quedaría flojo. Tenía una especie de borlas en el dobladillo de las piernas. Probé la tela y estiraba lo suficiente. Del tiro y el contorno de la cintura no tendría problemas. Parecía ser una de esas prendas hechas para «todas las tallas».

Daba igual, lo usaría de cualquier manera.

Estaba duchada, envuelta en una toalla, así que no me costó desnudarme para ponerme los shorts y subirlos con dificultad por las caderas.

Resoplé casi sin aliento. Estuve a punto de romper la tela cuando la jalé con demasiada furia sobre mis nalgas, por suerte, el elástico dio de sí y pude subirlo hasta que envolvió mi vientre, justo por debajo del ombligo.

Tragué saliva al ver la forma obscena en la que mostró mis muslos. Las borlas quedaron justo sobre los encajes y parecía más unas braguitas coquetas que unos shorts cortos. La prenda se estiró y el largo fue comido por el ancho para envolver mi sexo y parte de mi culo. Por detrás, las borlas rozaban la desembocadura de mis cachas y con cada paso se agitaron.

Me reí, no pude evitar que el movimiento de mis caderas junto con las pequeñísimas bolas de hilo no me pareciera gracioso.

Si bien la prenda cumplía con su función de cubrirme de forma sensual, me sentí desnuda, bueno, casi lo estaba.

Me paralicé al comprender mi error. Mis ojos registraron mi reflejo en el gran espejo del

tocador de Georgia, donde me vi de pies a cabeza. Estaba a unos metros de distancia y el espejo era tan grande que me vislumbré por completo.

Mis pupilas dilatadas descendieron por mis pechos desnudos, rellenos. No me los drené por completo, tenía planeado usar a mi favor la lactancia le gustase o no a Lucas. Esperaba que al menos no le diera asco. El riesgo era demasiado, pero tenía que tomarlo. No obstante, no fueron mis pezones rosados los que llamaron mi atención, sino la pequeña hendidura entre mis labios vaginales que se dibujaron con elegancia bajo la prenda.

Parpadeé y me paralicé al comprender que, de la emoción, olvidé que debajo de la toalla no llevaba nada, que estaba completamente desnuda y que me puse la prenda sin importar que no tenía las braguitas puestas.

—¡Mierda! —vociferé molesta.

No era de las que decían malas palabras, no me gustaba, las hermanas del orfanato nos lavaban la boca cada vez que se le salía a un niño una mala expresión. Pagábamos justos por pecadores y todos éramos llevados a los baños para meternos el jabón en la boca y hacernos tragar el líquido asqueroso que burbujeaba entre nuestros dientes.

Un respingo hizo temblar mi columna y aparté la sensación.

Por un minuto, pensé la situación. Si me lo bajaba, ¿qué posibilidades tenía de volverlo a subir?

Gruñí. No, no podía usar ropa íntima. El short no iba a bajar por mi trasero y a subir por segunda vez sin la ayuda de un brazo robótico, así que más me valía ser cuidadosa con mis formas cuando viniese Lucas, o si no quedaría como una buscona.

La culpa se asentó en mi estómago. Cogí la toalla húmeda y la puse sobre mis hombros.

¿Qué pasaba con él, con Lucas?, ¿qué si lo que dijo Georgia era mentira? Es decir, ¿haría que un hombre que también describió como buena persona fuese víctima de un enredo familiar?

Lucas era inocente, no podía simplemente seducirlo por lo que Georgia dijo, solo lo convertiría en víctima de ambas, lo dejaría en medio de fuego cruzado y… ¿qué pasaría si él de verdad amaba a mi hermana?

Tragué saliva con dificultad y giré el rostro para no captar mi gesto preocupado, para no prenderme a esa idea que destelló casi desde el primer momento en el que elaboré el plan.

Cualquier cosa que hiciera tendría daño colateral, no solo sería Lucas, sino también papá y mamá y… ¿los perdería?

Jadeé y pasé las manos por el cabello húmedo.

Arrastré los pies hasta el tocador de Georgia y encendí el secador de cabello.

Por esas situaciones es que siempre es mejor la venganza en caliente, al menos cuando uno es responsable, cuando piensa en otros, cuando sabe que hay consecuencias y estas pueden salpicar a inocentes.

Pero no podía detenerme, no podía dejar que Georgia se saliera con la suya. No iba a ser como Dan, no me iba a dejar atrapar por un crimen que no cometí. Si iba a cometer un pecado, lo haría por mi cuenta sin que nadie me usase.

* * *

Me mordí el pulgar al ver la amplitud de la casa. Tenía todo preparado. Según Georgia, Lucas llegaría a casa por la tarde, entre las dieciséis y las dieciocho horas, no estaba segura.

Así que preparé todo antes del baño. Lo recibiría con una casa que olería a hogar, no como las frías paredes que conformaban la vivienda de Georgia. Hice todo lo que estuvo en mis manos para reformar la casa sin tocar casi nada. Limpié, ordené, hice galletas de postre, así como elaboré platillos complicados de preparar para la cena.

Tenía todo el tiempo del mundo, así que me aboqué a complacer los gustos de cualquier hombre. Solo esperaba que el contraste entre la dureza y frialdad de Georgia y la dulzura que le mostraría lo encaminara a estar de mi lado, donde lo contemplaría como un macho que merece ser cuidado.

De saber la hora de arribo y demás vicisitudes que Georgia no dijo, lo habría ido a traer al aeropuerto y lo recibiría con dos besos en las mejillas, como la esposa que no lo esperaba en casa y que prefería quedarse en el trabajo.

Sí, quería que se diese cuenta que podía tener algo mejor que Georgia. Con suerte, también le llamaría la atención mi cuerpo, las curvas voluptuosas muy diferentes a las de su mujer. Donde ella era elegancia y ángulos duros, yo era más suave, tersa, blanda incluso. Si era así, si le gustaban las mujeres diferentes, podía hacer que se fijara en la tirantez de mis pechos.

Después de la locura que cometí temprano, solo me exprimí los pechos lo suficiente para que no se derramara cuando él viniese a casa. No quería asustarlo, no quería que, si era parte del primer grupo de hombres, me descartara por estar lactando. Solo necesitaba mis pechos suaves, inflados y elevados, desafiando a la ley de la gravedad para que se fijara en ellos, para que se relamiera los labios. Lo que pasara después, no estaría en mi control, aun si los drenaba y llegaba a algo físico con él, cabía la posibilidad de que la excitación los colmara con rapidez.

Me pasó una vez, en el trabajo, cuando el repartidor, un chico guapo unos años mayor, se detuvo para hacer las entregas y, cuando estábamos en el vivero se rozó «sin querer» contra mis pechos recién vaciados dos horas atrás y, cuando sentí su toque sensual sobre los pezones, enviando rayos eléctricos hasta la punta de mis pies, no pude evitar que a los minutos tuviese una gran fuga. Por suerte, el repartidor partió antes de ver lo que ocasionó.

Era como si el toque de un hombre prendiera los motores y mis tetas se prepararan para alimentarlo, así que, aun si descargaba mi dulce néctar blanquecino antes de que llegara Lucas, si se me acercaba o, ¡el diablo no lo quisiera!, me excitaba con su presencia o su toque, terminaría lactando de cualquier manera.

Resoplé y me senté en el sofá.

Hice una lista para saber si lo tenía todo. La comida estaba en el horno, las galletas emplatadas y cubiertas por una suave manta para que la casa oliese de maravilla, el vino preparado para ser servido, la mesa puesta y la casa limpia.

Mi vestuario era revelador, iba descalza y me peiné para que el color caoba de mi melena resplandeciera con suaves ondas. No me maquillé mucho, solo lo suficiente, quería que se fijara en mis pecas y mi apariencia más juvenil.

Esperaba que le gustara, que creyera que había algo bonito en mi rostro, en las pecas que pringaban mi piel, las que bajaban con timidez por mi escote, que se fijara en mis pechos, en mi cintura pequeña que se veía más sensual porque el dobladillo de la camisa se tambaleaba sobre el

ombligo y dejaba al descubierto un buen trozo de mi piel.

Quería que se sintiera en un hogar cálido y armonioso, que, de alguna manera estúpida, me sintiera como su mujer, como a la mujer que debía esperarlo ansiosa luego de meses separados, luego de meses sin olerse, sin saborearse, sin sentir el roce de sus pieles. Quería que me viese como a su esposa, que me sintiera de su propiedad.

Apreté los muslos ante esa idea.

Respiré hondo.

Quería darle todo lo que Georgia seguro no le daría, porque ella no era así, porque fue evidente de que no lo complacía hacía mucho de ninguna forma.

Sí, lo seduciría, lo arrastraría a mi lado para que supiera que merecía algo mejor. Quizás una mujer dulce que aguardara su regreso con efusividad y candor. No tenía que ser yo, solo quería mostrarle que había algo más, o al menos de eso me convencí para no sentir que estaba corriendo hasta mi propia destrucción, porque entre más se enfriaba la idea de vengarme, más sentía que estaba cometiendo un pecado en contra de un inocente.

El timbre resonó por la casa y la ansiedad crespó mis nervios, desde el vientre bajo donde cayó mi estómago, hasta mis ojos que se abrieron con susto y admiraron la puerta blanca con estupor, solo por unos segundos, antes de despertar de la ensoñación.

Apreté las manos en dos fuertes puños que solté cuando me puse de pie y caminé hasta la puerta. Me mordí los labios, cerré los ojos por un segundo, antes de dejar salir el aire que oprimía mi pecho, y así abrir la puerta con fingida normalidad.

La anticipación coronó mi respiración truculenta y mis pupilas ascendieron por el cuerpo grande, musculoso y masculino plantado frente a la puerta.

El hombre rubio, con el gesto impertérrito, alto, de hombros grandes, redondos, más parecido a un gigante, lleno de músculos formidables, me observó desde su privilegiada estatura cercana al metro noventa.

Tragué el nudo que cerró mi garganta y las piernas me temblaron, el corazón me palpitó con furia, el sexo se me estremeció y lo supe…

¡Iba a salir escaldada tras mi venganza!

Capítulo 6

F U E G O

¿Cómo…? Esa fue la primera pregunta que formuló mi cerebro, sin siquiera concluirla, pese a que en mi fuero interno supe exactamente el trasfondo de esta. ¿Cómo es que Georgia no lo quería, no se excitaba con él?

Vestido con un pantalón de estilo militar, caqui, a juego con las botas, una camisa blanca, sencilla, de manga corta que se ajustó a sus poderosos pectorales, a sus brazos enormes que podían tener la misma circunferencia de mi pequeña cabeza. Alto era decir poco, sus hombros anchos, su cuello delineado, en especial su nuez de Adán que se resaltó cuando su boca se entreabrió. El corazón se me detuvo y no pude más que mirarlo.

Traté de respirar, ponerme en movimiento, en su lugar, mis pupilas se quedaron pegadas a su cuerpo, a su rostro masculino. Tenía la mandíbula perfectamente delineada, la barbilla cuadrada con una ligera hendidura en medio, sus labios eran medianos, con la suficiente carne para torturar los míos, un rastro de vello cincelaba sus mejillas, un rastro de la barba que seguro tenía cuando llevaba más tiempo sin usar la cuchilla. Debía picar deliciosamente al tacto, solo con ver la sombra, mis piernas se debilitaron al pensar en la sensación que ocasionaría al raspar mi piel. Si bien, gracias a que era rubio, el sombreado era más tenue, sin embargo, mi mente pudo saber exactamente lo que se sentiría al tocar sus mejillas, al subir por sus pómulos fuertes y masculinos. Tenía una clase de fisonomía digna de su profesión, con los ojos pequeños, azules, de un azul profundo y radiante que contrastaba con sus pómulos y su hueso prefrontal pronunciado para darle cierta arrogancia y virilidad a su mirada.

Sí, era la visión del perfecto militar o marine, era el G. I. Joe convertido en hombre.

Tragué saliva y traté de emular la sonrisa que se quedó congelada en mi rostro cuando abrí la puerta segundos atrás.

—Adivino, eres la hermanita de Georgia, ¿verdad? —inquirió con la ceja alzada, una mirada profunda e inquisitiva que me repasó en cuestión de un segundo.

Me relamí los labios y asentí, tratando de mantener el porte.

—¡Eres muy diferente a Georgia! —exclamó intrigado, como si no supiera que era adoptada, lo dudé.

—Ya sabes, la genética —traté de hacer un chiste con ello y me hice a un lado para que entrase a la casa.

Dio un paso adelante solo para plantarse frente a mí, tan cerca que tuve que alargar el cuello para verlo desde mi altura.

—¿Es primera vez que nos vemos? —consultó con suspicacia y sus ojos vagaron por mi cuerpo.

Me pregunté: ¿cuánto de mi escote estaría a su alcance?, ¿podría ver las profundidades de mis curvas desde sus casi dos metros de alto?

Asentí.

—Sí, lo siento por no ir a vuestra boda —musité algo incómoda, pese a que no supe si fue por su escrutinio, su mirada profunda, o su cercanía.

Alzó una mano y me acomodó un mechón detrás de la oreja.

—Huele a galletas —farfulló sin soltar mi cabello por completo, hasta que bajó la mano por mi nuca, enviando un escalofrío por mi espina dorsal.

Temblé y ese simple hecho hizo brillar sus ojos, un brillo singular.

¿En qué me estaba metiendo?

—Ah, sí, hice galletas. Sé que vienes de un largo viaje, así que pensé que podrías querer algo mejor de comer que lo que dan en los aviones —canturreé nerviosa y me escabullí de su mano para cerrar la puerta y adelantarme a la cocina para traer las galletas.

No me las había pedido y, por un instante, no supe si le interesaba la idea o solo me estaba zafando de esa sensación intoxicante que hizo reaccionar mi cuerpo ante su dominio, de ese resquemor extraño que me invadió con sus palabras, con sus preguntas que escondían un deje singular, o quizá era porque él me intimidó deliciosamente.

Mis pasos fueron cortos, rápidos, sin parecer desesperados. Me obligué a no correr, a no ser evidente, a no revelar el hechizo que me plantó frente a él e hizo que mis pezones respondieran.

Sí, me sentí desnuda, desnuda frente a un desconocido. ¡Al diablo con la venganza!, ya no estaba tan segura de seguir con el juego. La realidad superó mis ideas, no me vi siendo una seductora, al contrario, parecía una cobaya asustada, lista para dejarse devorar por el gran lobo que apareció frente a su casa de paja y que sopló para derribar su alrededor.

Ni siquiera era un puto cerdito, no, era una cobaya pequeña e indefensa.

Con las manos temblorosas, cogí el platón de cristal donde tenía las galletas y, tras inspirar hondo para recomponerme, giré para encontrarlo a dos pasos de donde estaba, mirándome desde arriba con suspicacia y dos líneas finas en el entrecejo.

—¿Quieres? —pregunté con amabilidad, pese a que retrocedí un paso.

—¿Qué pasa con tu vestuario?

—¿Qué? —interpelé confundida.

—Chorreas —informó con la voz grave y profunda y señaló mis pechos con la barbilla.

Mis ojos se agrandaron hasta que las pestañas tocaron mis cejas y, con horror, paralizada con sus palabras, bajé las pupilas para descubrir dos grandes manchas circulares que no solo mostraban mis pezones erguidos, las areolas rosadas y parte de mis senos redondos, sino también me descubrían como una vaca.

Asustada, di un gritito y solté el platón de galletas que cayeron al suelo cuando me cubrí, avergonzada. Temblé de pánico y me arrepentí por no haberme drenado las tetas. Pensé tanto en mi venganza que me olvidé de que no era una mujer de esas, que mi carácter no jugaría a mi favor.

Jadeé cuando el cristal estalló contra el suelo y me tambaleé sobre mis pies, mareada.

Bajé los ojos, avergonzada. Mis hombros se hundieron al ver el desastre que provoqué.

Sí, esa era yo… Era la chica del desastre, la mujer sumisa que dejaba que todos la pisotearan y, por mi propia estupidez, por creer una fantasía llevada por el rencor, estaba en esa posición.

—Voy a limpiar —susurré apenada.

Antes de que me pudiese mover, sus manos me inmovilizaron, grandes y fuertes sobre mi cintura, me rodearon y con gran agilidad me subió a la encimera.

—No te muevas, estás descalza y te puedes herir —indicó con dureza, con el semblante tenso y los ojos fijos en los míos.

Tragué saliva y asentí, despacio, sin poder hacer más que cubrirme.

Sin decir más, dejó su gran mochila sobre el suelo a unos metros de distancia y se alejó para buscar todo lo necesario para limpiar mi desastre.

Su gran espalda se alejó y tuve ganas de brincar y salir pitando de la casa de Georgia. Lucas no era nada de lo que esperaba, pero, a decir verdad, ¿podía extrañarme que me quedara tan pasmada y no pudiese ejecutar mi venganza? No lo conocía, sabía su nombre, a qué se dedicaba y que estaba casado con mi hermana, nada más.

El problema fue mi imprudencia. Debí largarme en cuanto la escuché, en cuanto oí lo que quería. Pero no, deseé demostrarle que no era la tonta huérfana que sus padres llevaron a casa cuando era una cría, quería que me viese como su igual, como alguien tan vil como lo fue ella en mi niñez, quería que supiera que no me iba a dejar controlar otra vez, que no caería en sus mentiras, que podíamos jugar en igualdad de condiciones. Sí, ya no pretendía que me viese como la niña que seguía siendo ante sus ojos, en cambio, solo logré ponerme en ridículo.

Suspiré con pesadez y recorrí el cristal resquebrajado a mis pies, las galletas echadas a perder, quebradas y revueltas con el vidrio reventado.

Para más inri, mis pechos no dejaron de lactar. Estaba mojándome los brazos y ni siquiera me podía cubrir bien por miedo a empapar todo a mi paso.

Lucas volvió a los minutos y limpió el desastre sin casi verme, enfocado en despejar el suelo.

—Lo siento —susurré como niña pequeña y me arrepentí de mi voz tan lastimera e infantil.

Subió los ojos y me sonrió, una sonrisa pequeña que detuvo mi corazón e hizo que todo girase como en una montaña rusa.

Respiré hondo y capté su aroma masculino, su esencia maderable, a pinos, a verdor y, justo al fondo, algo más que no pude identificar, quizá su aroma propio, una fragancia inquietante que hormigueó en mi centro.

—Tranquila —quitó el hierro al asunto y bajó los ojos a mi cuerpo—. ¿Estás herida? —consultó con la ceja alzada y revisó mis piernas.

Negué con la cabeza. No sentía que estuviese herida, no me ardía ni dolía nada, más que el ego.

Sus ojos se entrecerraron y se acercó un paso más, cogió una de mis piernas por el tobillo y lo alargó hasta su cuerpo para revisar dos pequeños rasguños en el gemelo. Enfocado en las heridas que ni siquiera sabía que tenía. Pasó el pulgar por mi piel con delicadeza.

Siseé de dolor y me estremecí con el contacto.

—Chist, relájate, voy a curarte, pequeña —musitó y su pulgar barrió la sangre por mi pierna, puso mi pie sobre su torso cincelado y revisó la herida.

Todo mi cuerpo se tensó, mi respiración quedó atascada en la garganta. Su dedo diestro me acarició con reverencia y algo más que preferí no descubrir.

Me embebí con su rostro serio, con sus ojos azules fijos en mi pierna.

—No creo que tengas cristales incrustados, se siente tan suave al tacto que dudo que haya quedado algún resto. Igual debo limpiarlo y desinfectarlo, además, hay que aplicar una crema para la cicatriz.

—Descuida, lo puedo hacer yo —apunté nerviosa y traté de encoger la pierna una vez más.

No pude retroceder ni un centímetro cuando su mano me cogió de la rodilla y me hizo quedarme como estaba.

—No te muevas, pequeñita, es peligroso que bajes al suelo —rugió entre dientes, sus ojos crispados sobre mi rostro.

Mis hombros cayeron y asentí como muñeca.

—Así me gusta, obedece a tus mayores —bramó por lo bajo. Sus dedos pasaron por mi piel en

un roce inquietante que me pegó al mármol de la mesada.

Pese a que gracias a la encimera me veía más alta, aún estaba por debajo de su mirada, y su actitud no hizo más que reforzar el apelativo que me dio.

Soltó mi pierna, pero antes de que pudiese entender lo que quería hacer, me cogió de las caderas y me llevó a su cuerpo para cargarme. Di un gritito de la impresión y, con miedo a caer, me pegué a sus pectorales y enrollé las manos detrás de su nuca, mi cabeza contra su oreja y mis pechos apretados contra su camisa que empapé cuando mis tetas se derramaron contra su torso.

Gruñó por lo bajo y me agarró del culo para levantarme y frotar mis curvas con sus músculos.

Me mordí los labios sin comprender sus intenciones y no ayudó el temblor de mi cuerpo, no mejoró la situación que tuviese que respirar su aroma a unos centímetros de mi nariz.

—Eres tan pequeñita que no pesas nada… —susurró ronco y sus manos apretaron mis cachas.

«¿Qué estás haciendo, Isabella?» —me pregunté con temor, pese a que, en realidad, nada estaba pasando por mi culpa, ¿o no?

Ya no sabía si iba en la dirección correcta para cumplir una venganza que poco o nada me importó en ese momento, o iba directo a mi perdición.

Dio unos pasos hasta llevarme al lavatrastos y me dejó con un gruñido sobre la encimera, justo al lado. Me miró desde arriba, su mirada destiló oscuridad y ardor.

Tragué saliva y cuando sus pupilas bajaron a mis pechos, me cubrí con prontitud, a sabiendas de que debía estar empapada a esas alturas.

—Pon las piernas dentro del lavaplatos, hay que enjuagar la herida —ordenó con tono autoritario.

Asentí con duda y me escurrí unos centímetros dentro de la encimera para girar y meter la pierna «dañada». Ni siquiera me importó los rasguños, era una nada con lo que estaba pasando entre mi cuñado y yo.

No, no lo entendí, ¿cómo me estaba controlando de aquella manera si no lo conocía minutos atrás?

Me repasó con los ojos por un segundo y después alargó la mano para abrir el grifo y dejar correr el agua encima del gemelo, limpiando por completo la sangre. Una vez estuve limpia, se movió por toda la cocina para buscar un pequeño kit de primeros auxilios que sacó de uno de los cajones más altos.

Volvió con la pequeña caja blanca que abrió y sacó de esta una solución que agitó para después destapar y rociarme con ella.

Siseé y me encogí del ardor.

—Aguanta, pequeñita, ya acabo —musitó con los ojos fijos en mis piernas, las que examinó con cuidado hasta que quedó a gusto con la inspección.

Volvió el potinque a su lugar y sacó una bandita que puso sobre mi gemelo con cuidado, demasiado cuidado para unas manos tan grandes.

Lo miré todo el tiempo, no pude apartar los ojos de su cuerpo grande, de su expresión seria que no me dijo nada, más que mi cuñado era un hombre eficiente.

Regresó todo a su lugar y sacó una toalla limpia de otro cajón. Se acercó con calma, desdobló la toalla y me tomó de las caderas para girarme y tomar mi pie que procedió a secar con cuidado. Me quedé callada, ¿qué podía decir?

No iba a negarme a ser tratada con tanto cuidado, incluso cuando aquello me incomodaba y calentaba casi en igualdad de proporciones. La piel me ardió, el sexo me cosquilleó y el corazón retumbó dentro de mis costillas, pero no pude abrir la boca, ni siquiera para respirar.

Bufó y una sonrisa brotó en sus labios al ver mi pie.

—Tu piecito tiene el mismo tamaño de mi mano —se burló, aunque su voz tan profunda retumbó en mis tímpanos y casi jadeo, de no ser porque mis labios estaban sellados, hubiese gimoteado como una desvergonzada.

Lo miré con estupor, con los ojos abiertos y temerosos, en especial cuando capté manchas húmedas sobre sus pectorales. Mis párpados se abrieron y quise abofetearme.

¡De verdad tuve que tratar de cumplir un plan destinado al fracaso!

Me mordí el labio y traté de acallar la voz que me decía que le pidiera perdón por mojar con mi leche su camisa blanca. El olor se impregnaría en su ropa, en su piel, le asquearía oler mi esencia blanquecina sobre su cuerpo, le repugnaría y…

Su rostro bajó cuando se dio cuenta que lo estaba mirando fijamente y una de sus manos se asentó en la encimera, justo al lado de mi cadera.

—¿Sabes?, pequeñita, soy marine de profesión, pero también soy doctor, así que dime, ¿qué pasa con tu cuerpo? —preguntó con dureza al volver los ojos a los míos y demandar mi atención.

Apreté los labios al captar su rostro masculino, serio, con sus pupilas oscuras fijas en mí, con esas arruguitas entre sus ojos que no lo hacían ver enojado, pese a que tampoco aliviaba el resquemor que sentí al saber que no estaba feliz.

—Y-yo… yo… Bueno es que… —tartamudeé tratando de buscar la manera de explicar lo sucedido.

Ladeó la cabeza y sus párpados se entornaron, reclamando una explicación coherente.

Lo miré por un segundo, angustiada, incluso cuando el ardor en mi centro aumentó con su escrutinio, con la forma en la que, una vez más, estaba controlándome con solo un gesto.

Aspiré profundo para darme fuerzas. Él no me iba a dejar ir con vanas explicaciones. Si era doctor, entendería mi situación y lo dejaría pasar, ¿verdad?

Me relamí.

—Georgia me pidió que tomase las hormonas y… —me atraganté con las palabras—. Quiero decir, lo del bebé y las hormonas… Se suponía que me haría ovular más y… —jadeé y su rostro se emborronó.

—Respira, pequeña —susurró y su mano se fue a mi barbilla, abarcando hasta mi mejilla y me miró fijo para que respirara mejor.

Mis ojos se perdieron en los suyos y ese simple acto me ayudó a controlar el mareo que deformó su rostro por un segundo, que me hizo aflojar el agarre que cubría mis cumbres.

—Dices que por las hormonas que Georgia te hizo inyectarte para ovular es que tuviste galactorrea, ¿cierto?

Abrí la boca para inhalar y responder, pero la voz no me salió. No sabía cómo supo exactamente lo que pasó, sin embargo, su fijeza y ceja alzada me obligaron a asentir para corroborar lo que sucedió.

—Bien, entonces déjame revisarte. No es normal que tus pechos estén tan llenos, pequeñita —apuntó con tranquilidad, con el tono sensual y lubrico que fue un lametazo a todos mis puntos sensibles.

Me mordí los labios y, sin pensar, me retraje para alejarme de su mano, de su tacto caliente que reconfortó mi mente y alma.

Sonrió, una sonrisa bonita, ladeada, de esas que provocan que te tiemblen las piernas, suspires y caigas rendida ante un hombre.

—Vamos, soy médico, ¿recuerdas? Lo he visto todo. Que seas mi bonita cuñada no significa

nada, ¿verdad? —indicó retorico.

Parpadeé y bajé las manos, despacio, con cierta agitación y duda que brilló en mis pupilas, mismas que hicieron que Lucas volviese su mano a mi mejilla y me acariciara con el dorso de los dedos, enviando calor líquido por mis venas, fuego que tiñó mi piel.

Su sonrisa se amplió.

—Así, pequeñita, déjame ver —musitó con suavidad, aun cuando su tono ronco y grave no dejó de torturar mis tímpanos.

Su voz era droga, su presencia era adictiva y su toque… ¡Dios! Su toque era orgásmico.

Bajó la mano, así como sus ojos, por mi cuerpo.

Tenía la camisa empapada, pegada por completo a los pechos que dibujó a la perfección, redondos, erguidos, exaltados por el peso de la leche. Una gota apareció sobre el pezón derecho, grande, gruesa, blanquecina, solo fue por un segundo, antes de ser absorbida por la tela.

Gruñó por lo bajo y pasó los dedos por mis tetas. Los pulgares rodearon las circunferencias para después deslizarse hasta mi cintura.

—Tengo que desnudarte, pequeñita, tengo que ver cómo está tu piel, tus tetas…

Aspiré aire con profundidad, temblé y dejé escapar el aliento por la boca.

Estaba ardiendo, no iba a oponerme, apenas podía sostenerme con las manos sobre la encimera como para empujarlo y salir corriendo.

Sus dedos cogieron el dobladillo de la prenda y jaló hacia arriba hasta quitármela por la cabeza. La dejó caer con pesadez sobre el lavaplatos.

Su mirada fue a la mía y su mano derecha me apartó algunos mechones de la cara.

—¿Preparada, pequeñita? Voy a tener que explorar tus tetas, seré gentil, pero tengo que ver el daño que las hormonas han provocado.

Tragué el nudo que me cerró la garganta y no pude más que asentir para darle permiso a hacer conmigo lo que quisiera. No tenía ni la confianza ni la fuerza para detenerlo.

La ginecóloga me revisó semanas atrás, cuando comencé a lactar, sin embargo, que lo hiciera un hombre, mi cuñado, sin que se lo pidiera, con esa expresión seria y lasciva en su rostro, me doblegó e impidió que dijera una sola palabra.

Sus ojos descendieron desde mis labios entreabiertos, por mi barbilla redondita, por mi cuello delgado en donde palpitaba mi corazón, hasta llegar a las clavículas marcadas. Su mano acompañó el recorrido. Se acercó y se contuvo al posar la mano libre al lado de la mía, sobre la encimera, acorralándome en el proceso.

Se perdió en mis pechos blancos, colmados, con las venas resaltadas, al menos en color, gracias a lo inflados que los tenía, de los pezones rodaban riachuelos delgados que seguían su camino hasta el vientre y mojaban el pantaloncillo de Georgia. Rugió por lo bajo al ver mi sexo dibujado gracias a la falta de ropa interior y respiró hondo al volver a mis senos.

—¿Desde hace cuántos días estás lactando? —preguntó con seriedad, su mano en mi pecho, tocando con delicadeza, haciendo que el río se engrosara y la leche saliera con premura.

Mordí el carrillo por unos segundos.

—Unas semanas —respondí jadeante, sin apartar los ojos de su mano que, con pericia, pesó la ubre y exprimió desde abajo.

Gemí cuando envió dos chorros a su pecho, mojando más su camisa que mostró sus pectorales definidos.

Exhaló entrecortado, por la nariz, como un toro.

Su pulgar avanzó hasta tocar la dura perla rozada y tirité en medio de un gemido en el que me

mordí con más fuerza.

—¿Comenzó con las hormonas?

—Sí —contesté con prisa, en medio de un suspiro.

—Explícame, pequeñita, ¿cómo es que inició?, ¿hubo algún agente externo que ayudase?, ¿alguna posibilidad de embarazo? Algo diferente que propiciase que tus tetas se llenaran con leche —inquirió con severidad, sin apartar la vista de su pulgar que hizo círculos sobre el pezón.

El calor aumentó, me estaba sofocando con su roce, con sus ojos, con su fijación con mi cuerpo.

—No… no puedo estar… embarazada —gimoteé y mi espalda se arqueó, me estiré hacia atrás cuando pellizcó el pezón y envió otros chorretones de leche hacia su cuerpo.

Lloriqueé y sacudí la cabeza, confundida por todo lo que estaba pasando, con la manera en la que me estaba controlando, alzando el orgasmo con pequeños toques que no deberían excitarme tanto.

—¿Sabes cómo se hacen los bebés, pequeñita? —preguntó con retintín—. Hay que tener a un hombre entre las piernas, pujando hasta derramarse en tu tierno interior… ¿Lo has hecho?

—Sí… No… No sé —contesté confundida, porque la cuestión del tiempo era importante.

Bufó y me apretó el pezón con fuerza, anulando el ardor por un segundo para luego reventar en mi psique como un aluvión de energía que sacudió mi ser y me hizo gritar sin voz, retorcerme bajo su fricción y alargar el cuello para dejar caer la cabeza contra la pared a mi espalda.

—Responde, pequeña, necesito saber si has estado con un hombre antes.

—Yo… —jadeé, mareada, apenas logrando respirar por la boca.

Me relamí los resecos labios y volví a la realidad cuando su mano bajó a mi cintura y afincó los dedos en mi carne para que me despertara.

Parpadeé y llevé los ojos a los suyos, más azules que nunca, pese a que la oscuridad anuló el brillo y el ardor titiló en un punto de sus pupilas.

Exhalé temblorosa.

—Hace mucho que no lo hago… Yo… solo he estado con tres hombres y no… —tragué saliva y me humecté los labios, nerviosa por sus párpados entornados cuando respondí.

—¿Nadie ha follado tu coño en los últimos meses? —cuestionó tajante, con la dureza escondida detrás de sus palabras, de su cuerpo que se tensó como una cuerda de guitarra, al punto de que las venas del cuello se resaltaron por debajo de su piel.

Negué.

—No… yo… No he tenido sexo en mucho tiempo —completé sin poder hilar bien las palabras.

Inspiró hondo y asintió.

—Entonces no tienes novio —dedujo con la mandíbula apretada.

Negué una vez más.

—No, no hay nadie. Nadie tampoco ayudó a que esto pasara, solo… Supongo que fueron las hormonas —concluí con la urgencia de aclarar lo que fuese que pasara por su mente.

Entrecerró los párpados y bajó hasta mis pechos.

—¿Nadie ha probado tu leche entonces? —conjeturó y la punta de su lengua barrió sus labios.

Gemí sin poder evitar que todo mi cuerpo respondiera a ese acto pecaminoso que anuló mi mente.

—No, solo la he probado yo —me sinceré porque no pude decir la verdad a medias, no pude mentir, no pude más que sacar lo que tenía dentro.

Alzó la cabeza y me miró con intensidad.

—¿Te gustó?

Asentí y me mordí el carrillo con timidez.

—Mucho… Me gusta tomar mis pechos y jugar con ellos. Me gusta masturbarme cuando bebo mi leche que sabe dulce y es calientita.

Gruñó y me apretó más fuerte con su mano, su pulgar haciendo círculos sobre mi abdomen y jugando con la humedad que siguió bajando de mis pechos con pereza.

—Quizá deba revisarte mejor, pequeñita, tienes las tetas cargadas y… —se detuvo y una sonrisa maliciosa afloró de sus labios—. ¿Hace cuánto no te los chupas?

Siseé cuando volvió a mi pecho y rodó el pulgar alrededor del pezón, jugando con mi estabilidad mental, con el calor que manaba de entre mis piernas y pronto empaparía el pantaloncillo.

Cerré los ojos por un segundo y volvió a pellizcarme para que lo atendiera. Abrí los párpados y me perdí en el azul de sus iris.

—Esta mañana. Lo hice en la sala, me ordeñé como vaca y me corrí como una perra —susurré desinhibida por su mirada candente que prendió las neuronas de mi cerebro y estimuló cada zona erógena de mi cuerpo.

Gemí cuando apretó el pecho y volvieron a salir dos chorros gordos y gruesos dirigidos hacia su cuerpo, esa vez, la estimulación más grande hizo que los hilos de leche se alzaran hasta alcanzar su boca.

Lloriqueé y me estremecí con su toque, mi espalda se arqueó y mis ojos se volvieron dos rendijas que no pude cerrar porque no quise perderme el movimiento de su lengua que salió de su boca para devorar mi leche en sus labios.

—¡Mierda! —bufó y cerró los párpados por un segundo, para después abrir sus ojos de cielo y mostrarme el tsunami que devoraría mi cuerpo—. Creo que tendré que revisarte mejor, pequeñita, creo que tendré que hacer más que solo ver y tocarte para saber qué le pasa a tu cuerpo —farfulló fascinado y sus manos se fueron con prisa a mis caderas para jalarme contra su cuerpo y acomodarme para tenerme más cerca, para doblegarme con su altura.

Jadeé, no aparté las pupilas de las suyas, a sabiendas de que lo que iba a pasar nada tenía que ver con una revisión médica. Sin proponérmelo ni buscarlo, lo que quería llegó a mí y estaba dispuesta a disfrutar sin importarme nada.

Capítulo 7

ENREDO

Dejó mi culo al borde de la encimera, mis manos se deslizaron hasta la pared y mi espalda se inclinó cuando me abrió de piernas y se cernió sobre mi cuerpo, tan cerca que el calor de su anatomía erizó mi vello.

Jadeé y lo miré sin poder hacer nada, sin querer más que rendirme.

—¿Sabes que es la mastitis, pequeñita? —preguntó reacomodándose sobre mi cuerpo para tenerme por completo a su merced.

Una de sus manos fue a mi espalda, me rodeó y arqueó para elevar mis pechos y dejarlos a la altura de su gran cabeza.

Sus ojos brillaron, el azul de sus iris se volvió demoniaco y mi vientre se estremeció.

Negué con la cabeza, presa de su inspección, de la manera en la que su mano pasó de mi espalda, rodeó mi cintura y ascendió, cogió el borde de mi pecho y lo apretó para dejar salir unas gotitas de néctar que, en lugar de bajar por el abdomen, descendieron por la redondez de mi ubre hasta crear un pequeño lago en mis clavículas.

Gemí.

—La mastitis es la inflamación del tejido mamario, no siempre es causado en mujeres lactantes, pero es muy doloroso cuando se tiene los pechos rellenos. En esos casos, se recomienda que las mujeres den de lactar, no solo ayuda con la inflamación, sino que también alivia los síntomas.

Tragué saliva. No lo estaba entendiendo, no comprendí sus palabras ni a dónde quería llegar con estas, sin embargo, ¿cómo iba a razonar si estaba amasándome el pecho, estrujando mi carne con delicadeza y torturando mi pezón con su pulgar que paseaba por la areola para sorprenderme al rozar mi botoncito rosado?

Gemí y entrecerré los párpados, presa de la agitación, del calor que aumentó en mi centro.

Abrió más mis piernas y un bulto duro y cilíndrico hizo contacto con mi sexo.

Temblé y lloriqueé, abandonándome a la sensación.

—Por supuesto, la mastitis se puede prevenir —continuó con retintín, ronco y profano, con sus ojos puestos en mi cuerpo y un movimiento serpentino que me hizo ver estrellas cuando su mástil se frotó con mi pequeña florecita—. Una de las cosas que se recomienda es no dejar los pechos llenos, hay que vaciarlos por completo, hasta que no quede gota de leche en ellos. No es bueno que las tetas de una persona lactante estén tan tirantes y colmadas como las tuyas, pequeñita. Me perturba. Como doctor y tu cuñado, estoy muy preocupado —remarcó con su voz más oscura.

Gemí y mis caderas se agitaron para profundizar el roce de nuestros sexos, anhelando más que su mano que jugueteó con mi pecho, con el pezón que empapó todo mi torso. Quería más y no me importó la desesperación impregnada en mis caderas, en mi boca entreabierta de donde salían suspiros acuciantes, ni en la forma en la que mis pechos se irguieron para buscar sus caricias.

—Hace muchas horas que te sacaste la lechita, ¿verdad? Demasiado tiempo por lo que puedo

ver en tus bonitas tetas, pequeñita. Creo que lo mejor será sacarla, claro, si queremos prevenir una dolorosa mastitis. Como doctor, es mi deber hacer que las personas a mi alrededor estén sanas, ¿no crees?

Asentí y lo miré con ardor, mis uñas se encajaron con el mármol de la encimera y una de mis piernas se enredó con su cadera. Estaba a punto de sollozar y suplicar que me hiciera lo que quisiera, pero no tenía voz ni cerebro para gestionar lo que estaba pasando.

—Por favor —rogué por lo bajo, con los sentidos enarbolados.

Sonrió, una sonrisa pícara que oscureció sus ojos.

—Por norma, usaría un sacaleches, pero, como comprenderás, no tengo uno. Carecemos de lo necesario, cuñadita. Una lástima, porque, como te imaginarás, mis manos no son suficientes. Están tan cargadas… Tienes las tetas tan grandes y llenas que… —siseó, cayendo en su propia trampa, cortándose al tener que inhalar entre los dientes y retorcer los músculos de su cuello y hombros para no atacarme en el acto.

Su pelvis chocó con mi sexo y se detuvo. Sus músculos se tensaron, su mandíbula se apretó, cerró los párpados y le rechinaron los dientes.

Era el epitome de la masculinidad.

—Hazlo —animé en un hilo de voz, perdida en su expresión, en la contención que desdibujó sus facciones y lo hizo ver como un hombre imponente que tanto deseé tener entre las piernas.

Sí, quería a mi cuñado hundido en mi interior, comiéndome los pechos, mancillando mi cuerpo, corrompiéndome hasta enloquecerme.

El calor en mi piel se propagó como pólvora y supe que no quería salirme del enredo de piernas y brazos que éramos, así como tampoco me importó lo que pasara con Georgia, ella no era nada, no era nadie, y no me iba a quitar la dicha de estar con su marido, así me maldijera por el resto de mis días.

Capítulo 8

¡SÍ!

Con un gruñido gutural, abrió los ojos y me miró con ardor y hosquedad, una combinación embriagadora que me hizo jadear.

Bramó como un toro embravecido y, en un solo movimiento, me cogió por la espalda para enderezarme, bajó las manos hasta mis cachas y me levantó de la encimera, haciendo que le rodeara con los brazos y las piernas.

—Aférrate a mí, pequeñita, necesito que me abraces y te pegues a mi cuerpo para que no te caigas. Es peligroso que toques el suelo —susurró con gravedad.

Me cogí con fuerza de su espalda, sin querer, me restregué contra su cuerpo y ambos jadeamos al sentir cómo mis pechos se aplastaban contra su torso, esa vez sin restricción, mojando su camisa y su cuerpo.

Avergonzada, me encogí contra su cuello donde escondí la cara.

Gemí y aspiré su aroma a limpio, a bosque, a ese algo más que hizo que un escalofrío me recorriera.

Sin decir ni una palabra, más que moverme sobre su torso para seguir mancillando mi coñito con su cuerpo, me llevó escaleras arriba. No estaba segura de a dónde se dirigía, pero no hubo necesidad de investigar, ya que entró conmigo al cuarto que se suponía que compartía con mi hermana.

Gemí más fuerte, con el corazón desembocado al descubrir lo que su mente perversa fraguó, o quizá lo hizo por costumbre, no importaba.

Me llevó a la cama y sin cambiar la postura se sentó sobre esta conmigo a horcajadas. Me moví para verlo, para aspirar su esencia efervescente, para vislumbrar su rostro pétreo, furioso y masculino que me admiró con resquemor.

—Dime, pequeñita, ¿harás todo lo que te diga? Debes hacer lo que el médico te dice para aliviarte —musitó con majadería y con sus manos amasando mi trasero que apenas cabía en sus manazas, que se derramaban del pantaloncillo de Georgia que estaba tan estirado que temí romperlo.

Jadeé y asentí.

—Dímelo, preciosa, necesito escuchar que obedecerás como una buena chica.

Me mordí el labio con furia y mis manos se deslizaron hasta tomar su barbilla.

—Sí, haré lo que me digas —respondí entre gimoteos acuosos, cortada, febril.

Gruñó y otra sonrisa ladina alargó sus labios y oscureció sus preciosos ojos de cielo.

En un rápido movimiento, subió una de sus manos a mi cuello y me llevó contra su rostro, pero no para besarme, sino para impulsar mis tetas a presionarse contra sus labios que las besaron con urgencia y hambre desde el primer contacto.

Grité de la impresión cuando caímos en la cama, cuando me arrastró sobre su cuerpo. Su mano en mi cuello se desplazó y me agarró de las muñecas para impulsar mi pecho hacia sus labios que

besaron, lamieron y succionaron mis tetas con voracidad.

Gimoteé, entre confundida y excitada.

Él gruñó y su lengua viperina salió de su boca para lamer todo el néctar que impregnaba mi piel. Sus rugidos se hicieron más roncos, más hondos, reverberando en mi carne, en mi centro que no tardó en empapar no solo su boca, sino también la escasa tela que cubría mi sexo.

Lo tenía tan lejos y tan cerca que me enloquecí y traté de bajar las caderas, abrir más las piernas, pero en la postura en la que me tenía era imposible volver a rozarme con su dureza.

Su boca alcanzó la areola, me presionó contra su rostro, para después, en un acto violento y caliente, coger mi pezón y succionar con fuerza de este.

Quedé sin voz, los oídos se me taparon y todo giró en un vórtice de fuego que socavó mi entereza.

Temblé, el ardor ascendió desde el núcleo de mi cuerpo con cada succión, con cada gemido de placer que brotó de su garganta. Lo que siempre quise se materializó. Mi mente se iluminó con cada neurona que irradió energía con cada succión, con cada remolino de su lengua, con cada trago que bebió de mi esencia blanquecina.

Lloriqueé, mis paredes internas se estremecieron, todo mi cuerpo fue abrazado por la sensación de su boca succionándome, de su calor rodeando el pezón y embebiéndose con mi leche.

Abrí la boca para gritar cuando la radiación de la planta nuclear de mi centro alcanzó nuevas temperaturas, cuando todos los nervios de mis extremidades resplandecieron y no pude más que arquearme, aplastarlo con mis montañas blancas hasta correrme en mil convulsiones que llenaron su boca con dulce leche.

Gruñó y bebió con fuerza, arrancándome del idilio para prender en llamas mi cuerpo sin siquiera haber bajado del paraíso, impulsándome a un cielo tan claro que dejé de ver, sentir, de respirar y caí en un bucle de sensaciones que acariciaron mi cuerpo con energía pura.

Jadeante, abrí los ojos después de varios segundos en los que no fui consciente de mi cuerpo.

Estaba acostada sobre la cama. Lucas me miraba desde arriba, sostenido sobre sus brazos a los lados de mi rostro, jadeante, con las pupilas dilatadas y la boca entreabierta. De su barbilla escurría una gota gruesa de leche. Su aspecto arrebatador.

—¡Eres una pequeña mala! Ni siquiera he podido drenarte los pechos y ya te has corrido con tanta fuerza que hasta te desmayaste —musitó con la voz gruesa, demoniaca, como si su tono profundo no perteneciera a este mundo y fuese hecho para inducir al pecado.

Gemí.

—Ahora tendré que cambiar de método… —sopesó con una sonrisita—. ¿Lo sabes, pequeñita?, las tetas se derraman cuando hay estimulación sexual. Les pasa a muchas mujeres que lactan cuando intiman con sus maridos. Pero en tu caso, no tienes ni siquiera a un novio que haga que tu orgasmo saque la leche, así que tendré que hacerme cargo de ti —bramó con sadismo y se levantó de la cama, poniendo una rodilla entre mis piernas dobladas.

Su sonrisa se amplió y sus manos cogieron el borde del pantaloncillo con fuerza y tiró de este. Gruñó al ver que no me lo podía quitar. Gemí de estupor y mi sexo latió al saberlo más emocionado ante aquella idea.

—¡Joder, para ser una mujer tan pequeña tienes unas curvas para amasar con la mano entera! —exclamó fascinado y, sin que pudiese preverlo, cogió la prenda con dureza y la rasgó como si fuese papel, haciendo jirones el pantaloncillo de su esposa.

Gemí y me revolví cuando me maniató para sacarme los pedazos de tela.

Rugió por lo bajo al ver mi sexo descubierto. Su ceja se alzó y sus ojos pasearon por mis labios,

por la rojez tenue de mi coñito, por la lubricación brillante que empapó la entrepierna y parte de los muslos.

—¡Mierda, qué voy a hacer contigo, cuñadita! —aulló con fervor, sin apartar los ojos de mi rajita.

Lloriqueé y traté de cerrar las rodillas, avergonzada y excitada con su examen, pero no me dejó, en su lugar, una de sus manos recorrió mi pierna, rozó la parte interna de mi muslo y, con solo dos dedos, abrió mis labios para ver mi agujerito.

Grité del susto y traté de cubrirme, pese a que de nuevo me vi impedida, esa vez, no solo por su otra mano, sino también por sus ojos obscuros y libertinos que alcanzaron a los míos. Me miró con advertencia, con una clase de reprimenda que me dejó quieta.

—Deberías avergonzarte de mostrarte así ante tu cuñado, deberías desear que la tierra te trague, pequeñita, pero, para tu mala suerte, no me importa que te ruborices, no me interesa la forma en la que tus ojos de cristal me ven, entre el espanto y la lujuria, no. Lo único que me interesa es que me perteneces y haré contigo lo que siempre quise.

Me estremecí, mis párpados se abrieron con consternación.

Su sonrisa maliciosa hizo presencia y su dedo se resbaló para explorar mis pliegues.

Gemí casi sin voz, reteniendo el sonido al morder el interior de mi labio.

—Dijiste que me obedecerías, ¿verdad? Así que, como tu doctor y preocupado cuñado, debo hacerme con tu coñito, debo cubrirlo con mi boca y luego adentrar mi polla a tu agujerito tierno, y después… —bufó y sus labios se alargaron para mostrar sus dientes rectos.

Jadeé y me desmadejé en la cama al verlo. Sí, era un demonio, un demonio que quería tener para mí.

—¿Lo vas a hacer? —pregunté por lo bajo. Su ceja se alzó en respuesta—. ¿Vas… a… follarme? —inquirí en medio de un jadeo, con la cabeza enarbolada por la visión de su rostro masculino, por ese dedo que paseaba por mis prados para recolectar el rocío y estimular los nervios de mi sexo.

—¿Lo quieres así, pequeñita? ¿Quieres que tu cuñado penetre tu pequeño coño para hacer que lloriquees de placer, para que tus tetas brinquen y se derramen hasta la última gota en mi boca?

—Sí… —musité bajito, encandilada, perdida en su voz, en sus formas.

Se relamió los labios y soltó mi centro. Gimoteé de frustración, pero no pude sostener la reprimenda cuando se quitó la empapada camisa por la cabeza, revelando su torso cincelado, sus pectorales hinchados, con dos pequeñitos pezones rosados masculinos que se me antojaron lamer para ver cómo respondía su erección ante mi lengua.

Chistó con gracia al ver mi estupor, la forma en la que recorrí su cuerpo y me quedé rígida sobre la cama, nada sensual en mi opinión, aunque supuse que a él le valió la manera en la que me relamí y me tensé cuando no pude respirar.

Sus manos se fueron al botón del pantalón, que quitó despacio, como si midiera mi reacción, quizá lo hizo, no estaba segura, me concentré en el ardor de mis venas, en el latido que resonó en mis tímpanos y lo que estaba descodificando mi cerebro de su silueta.

Era grande en todo el sentido, su cuerpo, sus músculos, sus hombros, su espalda… sin embargo, en cuanto bajé los ojos a sus piernas gruesas, llenas de músculos magros y definidos, cuando entreví lo que se escondía tras la bragueta, me mareé.

Deslizó el cierre y se bajó los pantalones con tranquilidad, sin apartar los ojos de mi rostro enrojecido ya no solo por la vergüenza de estar desnuda frente a él.

Mis rodillas se cerraron y el sexo me palpitó cuando se enderezó, desnudo, gracias a que se bajó la ropa interior con el pantalón. Se quitó las botas con los pies antes de ello, así que estábamos en la misma desventaja, excepto que no me atreví a verlo directamente, no. Me bastó con la visión

periférica para saber que era el pene más grande que había tenido enfrente a lo largo de mi corta existencia. Era demasiado grueso, largo, fuerte, con venas vigorosas y el capullo sonrojado y perlado para no pensar en cómo me abriría hasta blandir su sable en mi interior y ocasionar un daño irreparable en mi cuerpo y psique.

Jadeé y lo vi. Su rostro cincelado, su expresión majadera, su sonrisa profana y sus ojos oscuros que me consumieron.

—Yo… no…

—Chist, tranquila, pequeñita, todavía falta que mi boca recorra tu preciosa anatomía —musitó con tranquilidad, pese a que su voz rotunda me hizo sentir que caminaba en un fino hilo, que pronto caería.

Se subió a la cama y reptó por mis curvas como un depredador, alternando entre admirar, aspirar mi cuerpo, y ascender a mi mirada.

—Antes de que me rodees con tu coñito, haré que grites por mí, que te corras una tras otra vez, hasta que tus ojos se vayan al fondo de tu cráneo y te quedes sin respirar.

Suspiré con su promesa al tenerlo sobre mí, con sus piernas abriendo las mías, porque de alguna forma debilitó mi agarre para ponerse encima y dominarme con su cuerpo que ensombreció el mío.

¡Dios, era tan deliciosamente grande!

Se relamió y sonrió con perversidad.

—¿Qué dices, pequeñita, quieres que tu cuñado te folle para que te sientas mejor? —canturreó la pregunta.

Mi vagina latió y supe que, sin importar qué respondiera, lo tenía decidido, no solo por él, sino porque todo mi cuerpo delató la respuesta.

Gemí y se lanzó por mis labios en un beso voraz y atrevido en el que su boca se hizo con la mía. Jugó con mi consciencia y me hizo hiperventilar cuando se pegó a mis curvas, pasó una mano por mi espalda y se frotó contra mis pechos.

Me desconecté de la realidad, la fricción, sus labios y lengua adentrándose en mi sistema con su beso animal y ardiente que consumió mi interior, que hizo cosquillear cada parte de mi cuerpo, que alteró mi corazón; el roce de sus músculos duros, de su piel suave, con mis pezones erguidos, húmedos, que no tardaron en derramarse sobre su piel, no, no pude más. El fuego estalló en mis venas y perdí la batalla, me moví, me moví con urgencia, con procacidad, alcé la cadera, pegué las tetas a sus pectorales, lamí el contorno de su labio inferior y me abandoné a la tarea de complacerlo.

Gemí, bramó y nos volvimos un solo cuerpo que palpitó en una sola sintonía, que se apretó para sentirnos, para buscar la sensibilidad del otro, para enarbolar nuestros sentidos.

El fuego me atravesó cuando su dureza buscó mi interior, pero antes de que lograse encontrar mi hendidura, bajó por mi cuello, el cual besó, lamió y succionó con extremo erotismo. Mis manos en su cabello se enredaron con sus hebras pequeñas que picaron en mi palma, así como sus mejillas se hicieron con mis pechos cuando siguieron su recorrido y descendieron para mordisquear mis pezones. Succionó de uno y otro, los magreó con sus manos, los apretó y se bañó con mi leche, en una escena de lo más morbosa que me hizo estremecer, a punto del inmoral éxtasis que vibró en mi núcleo.

Lo deseé. Quería que me arrastrara al infierno, que me llevara al noveno círculo para derretirme en sus manos, en su boca.

Me abrió bien de piernas y succionó con brío mis pechos hasta llenarse la boca. Suspiré y temblé, un temblor que atravesó mi columna e hizo resplandecer mi ardor.

Con las manos en mi cadera me alzó para llevar mi vientre a su boca y, en lugar de tragar,

derramó la leche sobre mi coño. Jadeé al sentir la tibieza del líquido.

Me sentí sucia, obscena, y, sobre todo, deseada.

Lucas bramó y me terminó de coger de la parte trasera de los muslos para abrirme bien y dejar pasar su lengua entre mis labios, separándolos con la punta de su lujuria. Jadeé y me revolví. Mi mano empujó su cabeza y a través de la rendija de mis párpados entreabiertos lo vi. Estaba lamiendo y succionando mis pliegues con violencia, como un animal que busca saciar su apetito con lo último que queda en el plato. Su lengua vagó por toda mi rajita y capturó con sus labios el clítoris hinchadito que torturó con su boca durante varios segundos, enviando espasmos de placer, calientes y electrizantes por mis extremidades.

—¡Sí! Por favor, no pares, no pares —pedí alterada, agitándome, con las manos en mis pechos que llevé hasta mi garganta para tratar de meter a mi boca y así hacer estallar la dinamita que colocó en cada parte de mi cuerpo.

Gruñó y me apretó las piernas hasta marcar sus dedos en mi carne. Me arrastró más cerca de su boca y, sin que pudiese prever sus movimientos, metió su lengua en mi canal, tocando en el proceso un cúmulo secreto de nervios que me arrastró hasta el negro más profundo para hacer estallar cada parte de mi ser en un abrasador calor que quemó el cableado interno de mis nervios, sobresaturándolo de energía.

Mi espalda se arqueó, mi boca se abrió, mis labios mojados con la leche que cayó en estos cuando me apreté las tetas con dureza, tanta, que temí hacerme daño, pese a que en ese instante no me importó. Nada lo hizo, más que su lengua en mi interior, haciendo remolinos de fuego que ascendieron hasta mancillar mi cerebro y enviarme al paraíso donde los espasmos me hicieron apretar su lengua y lloriquear de placer.

Sin energía, caí a la cama, con las piernas flácidas sobre sus hombros, pese a que mis pies estaban en su espalda que empujé en algún momento. Casi lo ahogo con mis muslos cuando siguió lamiendo y torturando mi centro, hasta que no pude más y mojé su rostro.

Una fina capa de sudor y leche hizo brillar mi piel, mi respiración truculenta se acompasó cuando subió de nuevo a mis pechos y se siguió amamantando de ellos, esa vez, con más calma.

—Por favor —rogué cuando mordisqueó mi pezón con suavidad y un rayo eléctrico impactó directo a mi urgido coño que palpitó con dureza al sentirse vacío.

—Dime lo que quieres, pequeñita —susurró contra mi perla, la cual lamió con descaro, con sus ojos en los míos.

La perversidad de su alma titiló en sus ojos, en su semblante, en la forma en la que espoleó de nuevo mis sentidos y me hizo sentir desvalida, delirante. Estaba jugando conmigo.

¿Y yo creyéndome seductora? ¡Vaya broma!

Gemí cuando mordisqueó con fuerza el pezón y me hizo sisear entre el dolor y el placer.

Jadeante, me vi obligada a responder, es lo que quería.

—Te… quiero… a… ti… ¡Por favor! —lloriqueé y acaricié su rostro, queriendo impulsarlo hasta mi lado, pero no sucedió.

Sonrió y nos giró, dejándome caer sobre su rostro, casi ahogándolo con mis masas de carne que rodearon sus entradas de oxígeno.

Di un gritito pequeño y me erguí antes de matarlo con mis grandes ubres que estaban menos llenas, pero, curiosamente, más pesadas.

Retrocedí y lo miré con estupor.

—Hazlo entonces, pequeñita —me retó con la misma palabra que usé para darle permiso para que me hiciera lo que quisiera.

Parpadeé y tragué saliva. Mi cabeza hizo cortocircuito cuando comprendí que, esa vez, quien me estaba dando permiso a hacer lo que quisiera con su cuerpo, era él.

Me tensé, mi cabeza se llenó con las mil imágenes que visualicé cuando vi su miembro grande, ese mismo que, magnánimo, grueso y erguido, palpitó a mi espalda, entre mis nalgas.

El aire se me salió entrecortado y mis ojos dejaron de enfocar.

Quería hacerlo, quería hacer lo mismo por él, pero…

Me mareé con las mil ideas y, sin que pudiese ser dueña de mis actos, bajé para besarlo, para embriagarme con su boca, para replicar su paso por mi cuerpo, esa vez, a mi manera, porque sí, iba a probarlo e iba a disfrutar con sus lamentos, con sus gruñidos masculinos y su cuerpo a mi entera disposición.

Capítulo 9

PERDICIÓN

Lo besé, un beso suave, delicado y femenino que lo hizo rugir y acompasar el movimiento de sus labios. Agitada y excitada, bajé el torso y froté mis pechos contra su cuerpo, moviéndome de abajo hacia arriba para que me sintiera, para cubrir su piel con mi leche.

Sin oxígeno dentro de los pulmones, me alcé y me exprimí las tetas para mojarlo por completo.

Gruñó y sus manos ayudaron a las mías a ordeñarme y manchar su lustrosa piel, así como el pequeño y suave vello que decoraba su pecho, solo una parte entre sus pectorales.

Mis caderas bajaron y capturé su miembro erguido con mis labios vaginales que restregué contra su mástil, no solo para aumentar la estática entre nuestros cuerpos, sino porque también quería dejar mi aroma en su dureza.

Descendí sobre sus labios cuando estuvo calado con mis jugos. Mi sexo latiendo, mi alma estrujada por la visión lubrica de sus músculos grandes, de su cuerpo gigante bajo el mío, de sus manos en mis tetas que las apresaron por un segundo, antes de urgir a mi trasero para que me moviera con más intensidad sobre su erguida polla.

Gemí y lo besé, un beso corto que terminó con una mordida lasciva a su labio inferior. Gruñó y me pegó en el culo por mi atrevimiento.

Sonreí triunfante sobre su mandíbula que besé con tiento para seguir un recorrido que tracé con mi leche minutos atrás.

Lamí su piel, la limpié de mis fluidos, dejando pequeñas estelas de fuego que lo hicieron ronronear como un gatito, como el rey de la selva, como una feroz bestia que estaba permitiendo que su hembra lo acaricie antes de perder los estribos y hacer que todo estalle por los aires.

Lamí y succioné su hermoso cuello, gimoteando con el sabor de su piel y mi leche mezclados para intoxicar mi sistema. Con la lengua encontré el punto sensible que hizo que su polla se agrandara y mordisqueé la vena punzante.

Mis jugos lo empaparon, el sonido de nuestros sexos friccionándose eclipsó el de mis labios y por un momento pensé que estaba mojándolo demasiado, pero pareció no importarle, en su lugar me abrió el culo y se metió con más fuerza entre mis pliegues, reteniendo el impulso de perforarme el coño.

Lloriqueé. Seguí en mi cometido, lamí y recuperé mi leche, mi dulce leche que él mantuvo caliente para mí. Aquello me enloqueció y perdí la calma, me aboqué a la tarea de lamer, succionar y mordisquear su suave piel, sus duros pectorales, sus pequeños pezoncitos masculinos que, en cuanto los toqué, lo hicieron brincar de placer y azotar mi culo con ansia.

Sobre su cuerpo, el mío era pequeño y podía tocarme sin siquiera esforzarse, me lo demostró cuando sus dedos se inmiscuyeron entre mis piernas y tentó mi agujerito trasero al mojarlo con mis propios fluidos.

Gemí y temblé, pero no me detuvo, así como no quise que nuestros sexos se separaran hasta

que tuve que descender y pegar mis tetas a su erección.

Aulló casi sin aliento y sus manos me dejaron para ir detrás de su cabeza.

Alcé los ojos y me encontré con los suyos, oscuros, demandantes y retadores. La sonrisita confirmó su arrogancia, la forma en la que sus pupilas dilatadas me admiraron me hizo sentir más pequeña, más femenina, de una forma que no podía explicar.

Me reacomodé sobre la cama, entre sus piernas grandes, deslicé las rodillas para dejarlas juntas e, hincada, mostrarle mi culo de corazón para que tuviese algo que ver mientras me comía su dureza. Su sonrisa se amplió y gemí de placer.

Con una mano me sostuve y con la otra metí su polla entre mis montañas apretadas contra su cuerpo, con mis jugos sirviendo de lubricante para hacer de mi canalillo un resbaloso canal.

—Me encanta tu culo, pequeñita, tanto como tus tetas —gruñó y una de sus manos salió para alzar mi rostro y meter el pulgar en mi boca.

Jadeé y lo chupé con fuerza, al mismo tiempo en el que me moví para masturbarlo con mis senos, con suavidad, con delicadeza al principio.

Su mano me abandonó, presa del placer y la reticencia a querer controlar la situación, volviendo tras su cabeza.

Sus caderas se menearon, sus párpados se cerraron y sus músculos se contrajeron.

Sollocé y me recoloqué para bajar mi centro de gravedad, abrir las rodillas y poder usar ambas manos para pajearlo con mis pechos con más intensidad. Mis blancas masas se carne se lo tragaron casi por completo, dejando la punta a la intemperie.

Me relamí y, con hambre, bajé la boca para comerme su punta, para lamerla y recolectar su esencia mezclada con la mía. Dio un respingo y sus ojos se abrieron para buscar los míos.

—¡Joder, eres una pequeñita muy mala! —vociferó con la voz ronca y los músculos tirantes.

Sus caderas se movieron y no tuve más que presionar mis tetas y lamer su punta.

Gemí con su almizcle, con la suavidad de su capullo, con el estallido de su esencia en la boca, incluso cuando no se había corrido dejó pequeñas gotas de su esencia que absorbí y degusté con delicia.

El corazón me bombeó con fuerza, mi sexo se abrió y se cerró y deseé poderme tocar el clítoris para llegar al orgasmo, sin embargo, quería que reventara en mi boca, quería ver su gesto deformado por la lujuria, quería ver a ese gran hombre rendido gracias a mis atributos.

Solté mis tetas y lo cogí con la mano con ímpetu. Sin previas, comencé a lamer, succionar, crear círculos sobre su cabeza y chupar con ansia, ahuecando las mejillas, con la boca caliente y húmeda cuando lo metí dentro y lo succioné con descaro, con lubricidad.

Le arranqué bramidos roncos, su cuerpo se estremeció y balbució algo que no pude descifrar. Mis ojos ascendieron hasta su rostro, hasta las venas hinchadas de sus sienes, de su cuello tenso.

Gemí embriagada con su placer, con las palpitaciones en las venas engrosadas de su dureza, del tronco que no pude más que empuñar con mi mano que se movió con presteza sobre su mástil, mi mano llena de leche que exprimí para él cuando mi saliva fu insuficiente y…

Todo en mi interior dio vueltas, estaba siendo atrapada por su propio nirvana.

Con un rugido gutural, me jaló del cabello y me impulsó hasta arriba.

—¡Mierda, pequeña, no sabes cuánto quiero terminar en tu boca! —exclamó furibundo, con las fosas nasales bailando con su truculenta respiración.

—Por favor… —musité con los labios inflamados, casi sin poder respirar porque ni tiempo me di de hacerlo cuando lo tuve dentro, solo quería que explotara en mi boca, que me bañara con su orgasmo, que me sintiera su mujer…

Sonrió jadeante y negó.

—No, cuando lo haga, será dentro de tu coño. Te voy a marcar, pequeñita, voy a correrme en lo más profundo de tus entrañas y llorarás de placer cuando lo haga, cuando te ensanche la vagina y te llene hasta que chorrees.

Gemí y me deshice por un segundo. Mis párpados se cerraron y sacudí la cabeza.

—Quedaré embarazada si lo haces… —susurré porque no estaba en mis planes, ya no, por muy tentadora que sonase la idea.

Chasqueó la lengua, burlón.

—¿Y no era para eso que viniste? —inquirió y su mano en mi cuello me jaló para ponerme sobre su pecho.

Repté sobre su cuerpo, me arrastré por sus músculos y siseé al llegar a su boca. Su lengua salió y me lamió los labios, dirigiendo un delicioso espasmo directo hasta mi sexo.

—¿No querías quedar embarazada de mí? —cuestionó con suficiencia—. ¿Por qué no acortamos el intermediario y te insemino de una vez?, ¿no crees que es más delicioso de esa forma?

Su cuerpo se movió y su miembro volvió a abrir mis pliegues vaginales, a rozarse con mi cúmulo de nervios que, frágil y sensible, envió mil gloriosos espasmos por cada una de mis extremidades.

Tirité y me mordí el labio.

—Yo… —jadeé, ni siquiera me podía explicar.

—¿No lo quieres, pequeña?, ¿no quieres que te llene la vagina? —preguntó con la ceja alzada—. Porque si no lo quieres, me detendré, pero no podré tocarte más. Necesito tu coñito, bonita, necesito llenarte, marcarte para que nadie más lo haga —rugió y me mordisqueó la barbilla.

Gemí y me balanceé sobre su cuerpo, encadenada por el placer, por la urgencia de volver a sentir la fricción que me estaba volviendo loca, misma que me volvió una gelatina deseosa de derretirse con su esencia profana y prohibida.

—Pero… quedaré embarazada —repliqué insistente, pese a que mi voz sonó lastimera, como un gemido femenino, una súplica acallada.

—¿Y no era eso lo que querías? —reclamó con furia, azotando mis labios vaginales con su envergadura que estaba perforando mi psique con cada vaivén.

Tragué saliva y alargué el cuello. Cada espasmo se alzó con fuerza, fue como si en un lago estático lanzara una piedrita y las ondas expansivas consumieran la calma.

—Pero sería mío —rugí con ira y abrí los ojos para verlo bien, con ardor, uno diferente, pese a que me moví con más ahínco, con las caderas haciendo círculos y restregándose con todo su mástil, incluso sus testículos que destilaron mi lubricación.

Jadeé y sonrió.

—¿Tuyo?

—Sí, mío —renegué posesiva y bajé más las caderas, perdiendo el juicio.

—Si es así, me pertenecerás por completo, pequeñita —se burló—. No podría dejar a la madre de mi hijo, ¿entiendes? No está en mí abandonar. Me quedaría contigo, serías mía por el resto de tus días. Soy muy, pero muy territorial cuando se trata de ciertas cosas.

Gemí con la voz rota, estaba a punto del colapso y me estaba obligando a pensar con prisa, a imaginarme cosas que antes no se pasaron por mi cabeza.

Eso ya no era venganza, estaba a punto de pactar por mi vida amorosa.

Gemí de frustración por no poder dar rienda suelta al reclamo de mi lascivia, por no poder meterme su dureza hasta el fondo y dejar que reventara en mi interior como tanto prometió.

Cerré los ojos con fuerza y me detuve. Respiré con dificultad, inhalaciones y exhalaciones lentas. Al abrir los párpados, me oteó con curiosidad y lujuria.

—¿Qué dices, cuñadita, quieres convertirte en mi propiedad?

—Georgia —se escapó de mi boca sin que pudiese retener la palabra.

—¿Qué con ella?

Su mano bajó de mi cuello a mi pecho y lo apretó.

—Quiero una hembra de verdad, una mujer que quiera lo que le doy, que quiera mi polla con tanta urgencia como destilan tus ojitos, pequeña. Georgia solo fue un bache en mi vida, una curvatura. En realidad, venía por mi divorcio, aunque encontrarte vestida con tan poca ropa y luego ver tus pechos húmedos, lactando… —aspiró entre los dientes y sus ojos se oscurecieron por completo—. Eso lo cambió todo. Quiero reclamar lo que me pertenece —rugió famélico, con una expresión tensa y tembló, un temblor contenido que hizo que cada fibra de mi ser pidiese anclarse a su cuerpo.

El sexo me palpitó con furia, mojé por completo su entrepierna y, sin poder soportarlo por un segundo más, me alcé sobre sus caderas, metí una mano entre nuestros cuerpos, cogí su pene grande y lo llevé a mi abertura entrecerrada.

Mis piernas se estremecieron cuando su capullo se metió solo unos centímetros.

Abrió los párpados, con la respiración de una bestia, su mandíbula apretada y las manos fijas en mi cintura.

—Prométeme que no me dejarás —pedí como loca, rogando por una estupidez cuando ni siquiera lo conocía, no importaba, de alguna manera, todo tenía sentido en ese momento.

—¡Joder, pequeñita, no te voy a dejar cuando me estás apretando la polla así! —bramó entre dientes, sus dedos marcados en mi carne.

Gemí y tirité, los dientes me castañearon y bajé otro centímetro. Era tan grande que supe que tendría que acostumbrarme. Las paredes de mi coño se abrieron y cerraron en múltiples contracciones.

—Dime que si quedo embarazada me dejarás quedarme con el bebé y me harás tu mujer —pedí entre lloriqueos, con una lágrima resbalando de mi mejilla, no por el sentimiento, sino por el deleite y el dolor de ser atravesada por un sable tan grande que me hizo palpitar con exasperación.

Gruñó y aspiró por la boca, tan furioso y contenido que no me estaba ni siquiera viendo, en su lugar, sus músculos se estiraron hacia atrás y su espalda se arqueó por un segundo en el que su cuello se alargó y agitó la cabeza.

Bajé otro poco más, hasta la mitad. Un chillido salió de mi boca entreabierta y un hilito de saliva quedó entre mis labios.

—¡Mierda! —aulló al volver a la realidad, con sus ojos ardiendo en mi cuerpo.

Con rabia, de una sola estocada, me bajó por completo hasta reventarme el coño con su polla.

—¡Mía! —bramó como un animal.

Un rayo eléctrico me fulminó desde la cabeza, atravesándome hasta alcanzar mi sexo. Mi espalda se tensó como si tuviese una barra de acero, me arqueé hacia atrás, mi boca se abrió, pero no salió sonido. El rayo se expandió por cada fibra de mi ser, las células se cargaron con energía hasta que irradió por cada poro y estallé en un febril orgasmo en el que mis palpitaciones lo hicieron ronronear y perforarme unos centímetros más dentro, como si hubiese lugar.

Temblé, el fuego invadió cada parte de mi ser, mis pechos se colmaron tensos y gotas de leche cayeron a sus pectorales.

Mis ojos abiertos, en negro, no pude enfocar nada. Me vi, con el cuello estirado hacia atrás, mi

cabeza apuntando hacia arriba, con mis manos aferradas a sus pectorales, mis pechos temblando con cada convulsión, mi vientre apretado y los ojos casi en blanco. Mi alma no estaba dentro de mi cuerpo que fue rebasado por el brutal orgasmo de su acometida, levité y me cargué con energía pura hasta que caí, para contorsionarme y gemir por lo bajo, sin poder detener cada corrientazo eléctrico que me dominó.

Rugió como un salvaje, me azotó el culo y me alzó sobre su mástil para después, sin dejarme bajar por completo de la cima, sin importarle lo sensible que me encontraba, follarme como la bestia lasciva que era.

Me penetró con violencia una tras otra vez, maniatando mi cuerpo, sentándose en la cama y arrastrándome con él, sin soltarme, yendo más y más dentro, con envistes certeros que tocaban cada nervio de mi ser. Su boca hizo contacto con mis pechos y la leche manó directo a su garganta.

—Lucas —musité cuando otro orgasmo intenso me corrompió, haciendo papillas mi razonamiento.

No me dejó ni respirar cuando me abrió el culo y me perforó con más fuerza el coño, como si no pudiese hacer más que moverse con ferocidad, deseoso de mis entrañas.

Lloriqueé y un hilito de saliva salió de mi boca.

—¡Lucas! —grité y otro orgasmo se enlazó con las reminiscencias del último, doblegándome.

Me arqueé, empujando mis pechos contra su golosa boca, de la que salían gruñidos y aullidos hambrientos. Mi sexo latió sin poder detenerse, masajeando su tronco que se enterraba en mis adentros y mancillaba mi cordura.

Ya no pendía de un hilo, pendía de sus manos que llevaron las mías hacia atrás y me movieron con la otra como si no pesase más que una pluma. Y, aun cuando no pude hacer nada, lo sentí todo. Su mano en mi culo, la otra en mis muñecas, quemando mi piel que ardía de placer, con el vello erizado, con los pezones erguidos que lamió, succionó y mordisqueó, enviando más ondas expansivas que aumentaban el fuego que salía despedido de mi vientre para incendiar cada parte de mi ser. La presa entre mis piernas rebalsaba con cada embiste. Mis ojos al fondo de mi cráneo, como prometió, y mi cuerpo siendo víctima de la deliciosa fricción de su dureza.

—¡Lucas! ¡Lucas! —repetí como una letanía con cada nuevo orgasmo que ya ni siquiera podía digerir porque me convertí en un amasijo de espasmos.

Bramó, me mordió el pecho, su cuerpo se tensó tras varios minutos en los que temblé, tiriteé, grité, gemí y me deshice en sus brazos.

—¡Vamos, pequeña, solo uno más, vente conmigo! —ordenó entre dientes, apretando más mi cuerpo para colisionar con mi sexo.

Sus testículos revotaron contra mi trasero, sus manos en mi culo, abriéndolo para entrar profundo, su boca en mi cuello, sin poder succionar porque estaba a punto de correrse. Su pulso elevado que engrosó su polla al punto de que sentí todas sus venas que abracé con más fuerza.

Perdí el aliento, mis ojos se abrieron, el blanco cegador perforó mis retinas, un rayo fulminó mis entrañas, la luz se desconectó de mi cuerpo para luego reanudar la marcha en un resplandeciente halo que hizo brillar cada nervio sobreestimulado cuando el primer disparo de semen penetró mi vagina y la inundó con su calor y espesura.

Grité sin voz, me estiré hacia atrás, como si un hilo tensor arrastrara mis músculos, mis nervios, mis huesos y lo abracé, metí su cabeza entre mis pechos y me corrí con tal intensidad, que empapé la cama bajo nuestros cuerpos.

El mundo se apagó…

Capítulo 10

C O N M I G O

Parpadeé para abrir los ojos, la luz tenue me absorbió por un segundo. Estaba caliente, algo suave y tibio me envolvió, mi almohada eran sus pectorales, reconocí primero el vello terso de su pecho, tan rubio que si retrocedía estaba segura de que no lo vería.

Una de sus manos grandes estaba enrollada sobre mi cuerpo, la otra, acunando mi cacha derecha, arrastrándome hacia su calor.

Me removí y alcé la vista, descubriéndolo despierto bajo mi cuerpo.

Tragué saliva con cautela y quise retroceder. Negó con un simple movimiento de cabeza y aguardó a que me tranquilizara. El pecho me estalló consciente de lo que hicimos, de lo que sucedió.

—Tranquila, pequeña —susurró con esa voz masculina, ronca y embriagadora, difícil de explicar, pese a que su vibrato hizo temblar los cimientos de mi cuerpo, de mi mente.

Lo miré.

—No creo que…

—Tranquila —repitió con seriedad, sus ojos azules, brillantes, mirándome con sutileza, aun cuando sus facciones mostraban seriedad.

—No debería estar aquí contigo. Sé lo que dije e hice… pero no soy así, yo solo quería…

—Relájate, preciosa. Sé que ambos dijimos cosas porque estábamos metidos en una situación por demás excitante y nos impulsamos a decir locuras gracias al calor del momento. No te voy a obligar a nada, ni espero que entiendas lo que sentí para hacer lo que hice. Así que, puedes despreocuparte —musitó con entereza y su mano subió a mi espalda para calmarme.

Lo miré sin comprender del todo sus palabras.

Con cuidado, me alejé. Él me lo permitió. Me senté con las rodillas dobladas a un lado y lo miré.

—Sí quería —dije con delicadeza—. Sí quiero… —rectifiqué y enrojecí, el calor subió hasta mis orejas. Su ceja se alzó y ladeó la cabeza, esperando para que mis ideas se materializaran en palabras—. Yo… solo, no lo sé. Creo que me gustas, lo digo de verdad. Eres un hombre impresionante, no me malinterpretes, pero, no sé si quiera…

—¿Poner a tu familia en tu contra? —inquirió al ver en mi interior.

Negué, no, no solo era eso. Me intimidó lo que sentí, la conexión, lo que estaba en mi interior, el sentido de pertenencia que me sometió ante sus designios y lo embriagante que fue retozar en sus manos, perder el control con su boca y su virilidad. Quiero decir, me arriesgué demasiado, podía estar a punto de quedar embarazada, al final, estaba ovulando cual desgraciada, preparada para quedar en cinta de más de un bebé y, ni siquiera podía presumir que fue una decisión inteligente. Me dejé llevar por los sentimientos, por esa conexión que suscitó en mi interior desde el primer instante que lo vi. Por eso lacté, aun cuando mis pechos pudieron soportarlo por más tiempo. Por eso sucumbí a su petición, por eso me dejé llevar por el idilio. Sin embargo, era plenamente consciente

de lo que prometí, de las implicaciones de lo que hicimos y dijimos.

Su mano se alargó y me acarició la mejilla con delicadeza. Cerré los ojos por un segundo y quise llorar. ¡Malditas hormonas! O quizá no, y solo era yo, recibiendo cariño de alguien que no me debía nada, de un hombre que unía lo que siempre anhelé apreciar por parte de mis parejas. Era dulzura con dureza, tranquilidad con fuego.

Abrí los párpados y con duda lo miré.

—Puedo… ¿puedo quedármelo? —inquirí y mi mano se fue a mi vientre.

No estaba segura de lo que estaba pidiendo, de lo que estaba diciendo, solo se sintió correcto. Incluso si hiciera todo lo posible para evitar el embarazo, estaba tan hormonada que lo más seguro es que ni las pastillas del día siguiente surtiera efecto. Desde el momento en el que lo hicimos sin condón, estuve destinada a tener a su bebé, pese a ello, no estaba dispuesta a abandonarlo, a hacer con él lo que pasó conmigo. No lo dejaría al cuido de Georgia, no lo abandonaría en un hospital, en la estación de bomberos o en un orfanato.

Inteligente o no, fue mi decisión cuando me lo metí dentro, cuando ayudé a que eyaculara en mis entrañas.

Sus cejas se alzaron y su cuerpo se paralizó.

—No te obligaría a lo contrario —respondió cortado—. Pero tampoco espero que lo tengas —concluyó y pareció pensárselo por un momento—. Si lo haces… quiero estar contigo.

—¿Qué? —inquirí desconcertada.

Ambos sabíamos que lo que dijimos mientras estábamos calientes, deseosos como perros en celo, no valía. No creí su posesividad, no creí su protección, no creí nada, hasta que sus ojos impactaron con los míos y comprendí que él fue sincero.

El frío recorrió mis músculos, temblé, pese a que no tardé en hervir, en sentir un calor diferente en el estómago. Un cosquilleo dulce floreció en mi interior y se expandió para enarbolar mis mejillas.

—¿Pero y Georgia? —volví a preguntar, mi cerebro se negó a aceptar lo anterior como verdadero.

Espiró con fuerza, su cuerpo se acomodó. Su desnudez me hizo bajar los ojos. Era tan grande, fuerte y masculino que el calor en mi cara se extendió hasta mis pechos.

—Georgia y yo no somos pareja desde hace muchos años. Me di cuenta tarde de que no significaba nada para ella. La amé… supongo. Ahora ya no estoy seguro. Era una mujer impresionante y cuando la conocí me pareció diferente, tan serena, tan sensata, tan deslumbrante, hasta que el tiempo arrastró todo lo bueno y pronto se distanció de mí. —Se encogió de hombros—. Quizá nunca fuimos una pareja real, pequeña…

—Isabella —interrumpí para decir mi nombre. Su mote no me incomodaba, pero se sentía extraño.

—Lo sé —susurró y me miró divertido—. Sé que te llamas Isabella, que eres la hermanita menor de Georgia, que tus padres te adoptaron cuando eras una cría y que no te llevas bien con tu hermana. Que eres florista, que te encanta lo dulce y que tienes una preciosa sonrisa.

El rojo bañó mi cara y su sonrisa se amplió.

—Te conozco un poco más de lo que crees. Georgia me llevó a conocerte un día a la floristería.

Esa vez, fue mi turno de alzar las cejas, interrogante.

—No, no entramos. Nos quedamos fuera, en mi coche. Todavía éramos novios. Supongo que ese día tuve un indicio de cómo era la persona con la que salía. Era tarde, Georgia me llevó para presentarme a su hermanita. Hasta entonces, no habló mal de ti, al contrario, me insistió una y otra vez en historias de ti, en cómo eras inteligente, dulce, caritativa, que eras una bonita niña, que

obedecías en todo y… —suspiró—. No sé por qué lo hacía, creí que solo era una buena hermana, mostrándome tus fotos, recalcando una y otra vez con la idea de que debía conocerte, que cuando nos juntáramos estaría muy feliz. Y, cuando llegamos, no me hizo bajar, iba a hacerlo, pero me detuvo. En ese momento, saliste para despedir a un cliente, llevabas un vestido que se ceñía a tu cuerpo…

Temblé al escucharlo, eso fue antes de tener mi propia floristería, cuando me vestía con ropa normal en vez de overoles y enterizos.

—Georgia me hizo verte, me habló al oído y me mostró tu cuerpo…

Di un respingo, sus ojos bajaron, avergonzados y supe que estaba arrepentido.

—Me describió tus blancos pechos, tu culo respingón. Me dijo que eras virgen, que podría controlarte, si quisiera, con una de mis manos, que te doblegarías porque te gustaba que… —respiró profundo y negó—. No importa, fui un tonto por no oír a mi intuición cuando la escuché. Habló como una víbora que me estaba impulsando a bajar del coche para follarte a plena luz del día, como un intruso. Quería que lo hiciera, quería que te convirtiera en mujer, que me vengara por ella. Esa fue la primera vez que usó la palabra, que me aturdió para que te hiciera algo impensable. Me masturbó con fuerza, con intensidad, y luego bajó para comerse mi polla. Fue, excitante y extraño, todo al mismo tiempo. Mi mente se desasoció de sus palabras, no entendí lo que dijo sobre algo de que lo merecías, no recuerdo bien, solo sé que pintó una escena para mí en la que podía hacer que te doblegara a mis pies y pudiera follarte como más quisiera. No quise escuchar, no quise verte a ti, no quise conocer tu cuerpo con sus palabras. Debí atender a mi sentido, apartarla y salir del auto para alejarme de ella, sin embargo, mi cerebro se ocluyó con sus labios, con su mano, con su fogosidad.

Tragó saliva.

Lo miré sin poder parpadear, presa de la forma en la que se hundió, en la que, como yo, también fue víctima de mi hermana. Lo reconocí, reconocí los rastros de manipulación, la culpabilidad por creerse responsable de algo que estaba fuera de su control. Pensé en lo que pasé cuando el profesor me indujo a acompañarlo a la habitación del hotel, cuando creí disfrutar sin hacerlo.

Por raro que fuese, me sentí identificada con Lucas.

—Déjala —susurré.

Sus ojos se alzaron.

—Tendré a tu bebé, ¿verdad? Así que, déjala. Es lo que quiere. Quiere que me tomes, así que hazlo. Tómame como tu recompensa, como tu dote por este matrimonio fallido.

Su ceño se frunció.

—No eres un objeto, pequeñita —se horrorizó.

La mandíbula me tembló y me acomodé sobre la cama. Estaba a punto de decirle algo que no tenía ganas de decir.

—Georgia solo hace esto para lastimarme. Lo sé. Quiere mi bebé, a mi hijo, porque sabe que no tengo nada más…

—Sé que tus padres te aman —mencionó con dulzura y su mano volvió a acariciarme.

Temblé.

—No como crees… Los oí un día. Me quieren, pero Georgia es su hija. Siempre ha sido así. Siempre he estado por debajo de ella. Ellos… —aspiré por la nariz y negué. No, no iba a llorar—. Me adoptaron para que ella tuviese una contraparte, para que Georgia aprendiera a socializar, a estar con otros. Ellos… —volví a agitar mi melena que cayó por mi cara.

Se movió y se sentó para verme mejor, comprendiendo un poco mi destino, mi suerte.

Por eso nadie renegó cuando cedí ante Georgia una y otra vez. Papá y mamá lo sabían, ellos fueron conscientes de las mentiras de su hija, de la forma en la que acusó al sucio Dan, de la manera en la que, como ella, me echaron la culpa por su esterilidad. Quizá me querían como a un animal, como un objeto que impidió que su hija terminase siendo una sociópata criminal, pero por eso mismo siempre me orillaron a elegir en detrimento, a alzar a Georgia, sin incentivar a que saliera adelante con su ayuda.

Lo sabía, incluso por eso se alegraron cuando supieron que le regalaría mi hijo a Georgia. Su niña tendría todo lo que siempre soñó, sin importar mi decisión, las consecuencias que tendría sobre mi mente, sobre mi cuerpo.

Mordí mis labios.

—No quiero que te tenga —dije con furia—. No quiero que te haga lo mismo que me hizo a mí. No quiero que… —aspiré hondo, temblé y alcé la cabeza—. La escuché, sé que no te quiere. Y pueda que no te conozca, Lucas, pero no voy a permitir que te mienta a la cara, que diga que es una buena mujer cuando venga, que te diga que es fiel, cuando te engaña con una mujer, con una tal Cherry.

»Ella… Esta mañana… —me atraganté. Sus ojos me repasaron y me miró con una expresión que no pude descifrar, su mano masajeó mi cuello—. Esta mañana la escuché. Estaba hablando con su amante y le dijo que quería que me tomaras. Quería encerrarme, quería que me violaras —grité temblando, esa vez, de temor, porque al fin logré comprender del todo las palabras de mi hermana.

No tenía nada, no tenía ni a mamá ni a papá y Georgia solo quería mi destrucción, solo quería venganza y yo… Yo solo quería huir, proteger a Lucas como no pude hacerlo con mi alma.

Cerré los párpados.

—Por favor, no te quedes más con ella, te va a devorar y… Me niego a que te controle, me niego a dejarte en sus manos y que te use solo para escalar en su trabajo.

Se tensó por un segundo, sus ojos quemaron en mi rostro y luego me jaló para arroparme con sus brazos, reconfortarme con su calor, con su humanidad, con la que casi nadie me mostró antes de él. Pero no lloré, no tenía lágrimas, no para Georgia, no para ese momento. Ni siquiera tenía cabeza para pensar en lo que vendría después, solo quería correr, salir de esa casa antes de que mi supuesta hermana volviese y me atrapara, antes de que supiera que su obra surtió efecto y podía estar embarazada.

Tras escucharlo, lo supe. Siempre quiso encerrarme, usar un hombre para sus fines retorcidos. No sabía por qué, pero hacerme daño al arrojarme contra una bestia deseosa de devorarme, incentivaba sus oscuros deseos. Georgia quería que abusaran de mí, que corrompieran mi cuerpo y alma, quizá como una venganza por lo que pasó con Dan, quizá porque era muy consciente de lo que eso conllevaría. Ella no tendría la culpa y yo… me volvería un ente sin vida tras su sucio juego.

Era peor que Dan, era vil, mezquina, manipuladora y mucho más.

Me aferré a Lucas.

—Por favor, vámonos de aquí —supliqué quedo, con la voz suave y temblorosa—. Si ella sabe que puedo estar embarazada… —un quejido rompió mi quietud y por mi mente pasaron mil escenarios en los que maltrataba a mi bebé, porque sería mío, porque era mi sangre, mi familia.

Lucas me apretó contra su cuerpo y, sin decir ni una sola palabra, me alzó con sus brazos y se levantó conmigo sobre su cuerpo, enrollada a sus músculos fuertes y me llevó escaleras abajo.

—Si eso quieres, pequeña, eso haré. Nadie te va a lastimar nunca más —aseguró con dureza.

Metí la cara en el hueco de su cuello y aspiré su aroma.

—Quédate conmigo —rogué entre estremecimientos, sintiéndolo tan mío, que no pude concebir salir de esa casa sin él, aun si no comprendí por qué parecía lo correcto.

Me dejó en el suelo de la sala y me miró a los ojos, con el gesto serio y el semblante rígido.

—Ve a cambiarte, haré lo mismo. Trae tus cosas y nos iremos, ¿bien? —ordenó con precisión, poniendo en marcha su parte militar.

Asentí y con duda, me alejé para vestirme. Metí todas mis cosas y me preparé para largarme de esa casa. Me toqué el vientre, aun caliente por la cercanía de su cuerpo y apreté los muslos. Si él no se quedaba conmigo, no importaba, al fin tendría una familia.

Era una estupidez, y la mejor cosa que me hubiese pasado. Era un sueño, un idilio. Había encontrado un hombre que me protegería, que era suave y duro en ambas proporciones, que me dominó y me escuchó, que me tomó como una bestia, que succionó mis pechos con apetito y, al mismo tiempo, se quedó a escucharme, sin connotaciones sexuales.

Tragué saliva y salí del cuarto de invitados con mi pequeña maleta.

Lucas estaba vestido, con su mochila sobre el hombro. Cogió mis cosas, me tomó de la mano y me arrastró a la salida.

—¿Tienes coche? —consultó y asentí. Le di las llaves y nos subimos a mi auto aparcado frente a la casa.

Miré hacia todos lados con pánico, creyendo que en algún momento Georgia aparecería y se reiría por mi estupidez, que me diría que todo fue parte de su plan, que Lucas estaba con ella y luego me arrastrarían a la casa, donde me llevarían al sótano para tener a mi bebé y entregárselo para que ella lo criara odiándome, mientras hacían desfilar toda clase de personas frente a mis ojos, mientras Lucas se aburría de mí y me escupía a la cara.

Hiperventilé y Lucas se acercó para ayudarme a subirme en el asiento del copiloto, apenas lo vi y sentí.

—Isabella —llamó por lo bajo y me tocó la mandíbula para que lo viese—. Respira, vamos, inhala y exhala, hondo, profundo. No la vas a volver a ver —susurró como si entendiera lo que pasaba por mi cabeza, quizá porque fui demasiado trasparente, quizá por lo que dije, por la desesperación pintada en mis facciones, en mis cejas hundidas, mis ojos sin brillo y mi boca apretada—. Respira, pequeña, solo respira. Te sacaré de aquí y me quedaré contigo, me quedaré hasta que quieras, hasta que estés calmada o hasta que me eches de tu vida. Si quieres al bebé, es tuyo, solo déjame ser su padre, pero si no lo quieres…

Lo retuve con la mano y negué.

—Lo quiero —aseguré como si fuese una realidad, quizá por las probabilidades, ambos lo sabíamos.

—Bien, entonces déjame hacerme responsable, de él o ella, de ti. No te tomé a la ligera, pequeña. No sé cómo explicarlo, pero quiero tocarte, acercarme a ti, conocerte. ¡Joder! Desde que te vi la primera vez —su cabeza se agitó—. No digo con tu hermana, sino en una fotografía en casa de tus padres. Parecías tan llena de luz, con tu cabello caoba cayendo alrededor de tu rostro bonito, dulce y femenino, con esa aura y brillo que hacía resplandecer tus ojos grandes. Sí, me excité al verte hoy en cuanto me abriste la puerta, y al entender tu mirada… ¡Mierda, Isabelle, no es correcto doblegar a un hombre de esa manera! —exclamó risueño, con una sonrisa preciosa en su rostro que derritió mis entrañas y que calmó la ansiedad de mi pecho.

Inhalé hondo y lo miré.

—Si estoy embarazada o si no, te dejo quedarte conmigo hasta que te aburras, hasta que descubras que no soy lo que viste en esa foto. No me importa. Sé que siento algo, que quiero volver a sentirlo y que no estoy dispuesta a renunciar a ello —indiqué con aplomo, quizá con más seguridad de la que debería, después de todo, éramos dos desconocidos que el ansia de enrollarnos nos hizo

ver al otro desnudo, sin ver sus sentimientos, sin pensar en las consecuencias.

Con la sonrisa perenne, se acercó, tomó mi nuca y me dio un profundo beso, lento, cadencioso, en el que su lengua exploró mi sensibilidad e incentivó mis sentidos.

Sonreí cuando su boca se alejó y pude verme en el azul de sus lagos, la calma que me fue arrebatada volvió a mí con fuerza, para envolverme y dejar todo en su lugar.

Me acomodé y cerró la puerta del coche para girar, meterse en el asiento del conductor y encender el vehículo.

Antes de ponerse en marcha, su mano bajó a mi pierna y me apretó el muslo.

—Seré bueno contigo, pequeña —musitó con majadería, guiñó el ojo y nos pusimos en marcha.

Mi sonrisa se amplió y sentí que acababa de recuperar algo, algo diferente, algo que podía florecer en mi interior que siempre estuvo incompleto, que desde que nací estuvo vacío, algo difícil de explicar, pese a que hizo que todo cayera bajo su propio peso.

Posiblemente me estaba equivocando, tal vez todo era un sueño demasiado bonito para ser real, tal vez seguía acostada en la cama de Georgia mientras el mal se alzaba sobre mi cabeza, o tal vez ese mismo mal nos perseguiría, pero al verlo, al ver su rostro masculino, al captar su cuerpo, al saber que todo en él reclamaba todo cuanto era yo… pude estar en paz de una manera que jamás pensé que fuese posible.

Sí, había algo allí, algo etéreo, algo intangible, algo que me dijo que estaba haciendo lo correcto, que le pertenecía y ese simple hecho, hizo que mi aliento saliese y mis músculos se relajaran.

F I N

Epílogo

I D I L I O

Cogí la infusión entre las manos y soplé para apartar el vaho caliente que subía hasta el cielo. Sorbí un trago pequeño y gemí de placer cuando el calor y el sabor de la infusión colmaron mi cuerpo.

Sin esperarlo, dos manos masculinas cogieron mi pancita redonda y abultada por debajo para darme un respiro del peso que gravitaba en mi cuerpo. Jadeé de placer.

—Gracias, amor —susurré y me pegué a su cuerpo para poner la cabeza sobre su torso cincelado.

Había pasado bastante tiempo desde que huimos de la mano de Georgia. Bastante más del que me gustaría contar y poco para lo que llevábamos juntos.

Suspiré y me pegué a su calor como gatita que buscaba el cobijo de la temperatura y calidez para poder dormitar.

—¿Cómo vas, pequeñita? —preguntó con dulzura y luego se hincó para besar mi vientre, rodeándome desde atrás.

Me reí cuando las puntas de su corta barba puyaron mi piel desnuda.

Solo llevaba un traje de baño blanco que cubría con precariedad mis pechos y pubis, dejando fuera mi abultado estómago de ocho meses.

El salado olor del océano se adentró en mi sistema y relajó mis músculos, aun cuando Lucas se empeñaba en hacer que las cosquillas y el ardor inundaran mi vientre.

—¿Cómo se ha portado mi pequeño bribón? —inquirió pasando la mano por mi piel estirada, por el bulto que era su hijo.

Sí, tal como previmos, quedé embarazada, no sabría decir si fue de esa vez en la cama de mi exhermana, o cuando llegamos al primer hotel y nos enredamos luego de varias horas coqueteando con el otro, o después, en mi casa, cuando le mostré mi pequeña cama en la que sus pies no cabían, o el día después de eso, o… sabía cuándo. Quedé embarazada y eso es lo único que podía decir. Estaba esperando un bebé grande y fuerte como su padre, quien parecía fascinado con la idea de ver mi estómago abombarse, mis pechos lactar cada minuto, mis caderas ampliarse y mi sensibilidad floreciendo ante el mínimo toque.

Por desgracia, no todo fue tan bien.

En cuanto Georgia supo de nuestra huida, puso el grito en el cielo. Con furia, llamó a nuestros padres, bueno, los suyos, y les envió fotografías de nosotros abrazándonos, huyendo de su casa. No, no les mostró en las que estábamos desnudos en su sala, ni en las que Lucas me quitaba la ropa en la cocina para comerme los pechos con hambre, pese a que la comida estaba en el horno, con la mesa puesta, donde quedó sin que a ninguno de los dos le importara, de cualquier forma, alimenté a mi hombre en su propia casa y quedó lleno con mi leche.

Sus padres me increparon, dijeron estar decepcionados de mí. Cuando llegué a casa, tenía

demasiadas llamadas perdidas, mensajes, tanto de voz como de texto. Me reclamaron por herir a su *única* hija. Aunque ya lo sabía, la palabra me lastimó más de lo que quise admitir. De nada valieron mis excusas, de nada sirvió que tratara de explicarme. Se cerraron y plantearon ante los tribunales la ruptura de mi adopción, mejor conocido legalmente como impugnación de adopción. Alegaron que cometí un crimen contra su hija, que los utilicé y mil cosas más. Cuando el juez me preguntó mi sentir, dije que prosiguiera a quitarme sus apellidos y devolverme el de mis padres biológicos.

Mi abogado se encargó de todo, el juez se quedó conmocionado, pero accedió, por mí, no por ellos que no pudieron corroborar sus palabras, incluso cuando trataron de presentar pruebas del fraude que cometí contra Georgia, quien en todo momento se mostró alicaída, llorosa. Incluso estuvo a punto del desmayo. Por suerte, para ese momento no tenía el vientre abultado. Temí que me quitaran a mi bebé, que alegaran que los métodos que utilicé para quedar en cinta fueron auspiciados por mi exhermana, que prometí entregárselo o cualquier tontería que se les pasara por la cabeza.

Jamás pensé que llegarían tan lejos, pero lo hicieron, y continuaron queriendo destruir mi vida. No creí que llegarían al punto de destruir mi pequeña tienda. Un día llegué y estaba todo echado a perder, alguien irrumpió por la noche e hizo un desastre. Sin saber que fueron ellos, puse la denuncia. La policía llegó y con las cámaras del negocio de enfrente descubrieron la verdad.

Los que fueron mis padres destrozaron mi negocio y cuando les preguntaron por qué lo hicieron, alegaron que ellos me lo dieron, así que podían quitármelo.

Estaba de cinco meses cuando pasó, mi vientre salía con fuerza y temí que buscaran también a mi bebé después, así que desistí de la denuncia, dejé todo en manos del abogado y no los miré por un segundo. Quizá fui ingenua, quizá las medidas y la orden de alejamiento del juez no sería suficiente, por eso quise mudarme.

Con Lucas las cosas iban bien, quiero decir, él se quedó conmigo en sus vacaciones, se plantó para pedir su divorcio, algo que fue más ágil. Al final, Georgia quedó como la víctima frente a sus «pares» y eso le valió para que nadie pensara mal de ella y no interfiriera en su trabajo ni en sus planes. Supuse que tuvo que ver con Cherry. Lucas logró arrebatarle las pruebas de nuestro amorío al dejarle la casa, una casa que estaba a nombre suyo, luego descubrí que sus padres eran ricos y que Georgia solo se aprovechó de ello al saber que no le quedaría nada gracias al contrato prematrimonial que la hicieron firmar.

Lucas destruyó las pruebas de nuestro encuentro en esa casa, tanto las fotografías como el vídeo. Estoy segura de que se peleó con mi exhermana para obtener todo, que su divorcio no fue pacífico como me hizo creer, sin embargo, me mantuvo alejada y, cuando me tenía cerca, sonreía y me tomaba de una y mil maneras, me acariciaba con algo más que su cuerpo y me domaba como siempre deseé. Era algo más que físico, algo más que lo que podía palpar.

Por supuesto, llegué a conocerlo de verdad, no solo nos dedicamos a follar como conejos. Me enamoré de él poco a poco, sin importar lo químicamente compatibles que éramos en la cama, me enamoré por sus muestras de cariño, por su entereza y fortaleza, por sus atenciones y la manera en la que me veía, me enamoré de su físico, de su virilidad, sí, pero también de su mente, de cómo pensaba, de lo sencillo que era y de lo rudo que se comportaba en contraposición. Me enamoré incluso de sus rabietas, de su puchero cuando le dije que no quería tener sexo un día y se «enojó» porque le hice un rico masaje y pensó que llevaría a más, por supuesto, su mohín perduró, pero su enfado no fue real. En realidad, no le importó, o quizá sí, porque sus bolas estaban azules, pero me respetó y vimos una tonta película en el televisor mientras me quedaba dormida.

Era todo, cada parte de él, cada cosa que hacía y las que se retenía de hacer, sin forzarme,

incluso cuando quiso casarse casi el mismo día de su divorcio. Para él, fue más intenso. Tal vez porque me conocía mejor, tal vez porque estaba preparado para formar una familia, porque quería algo serio o por lo que fuese. Lucas quería tenerme con posesividad y cariño, ambas cosas por demás exquisitas y, me dejé llevar poco a poco.

Por eso nos acabábamos de casar una semana atrás. ¿Fue la mejor elección? El tiempo lo diría.

Me mudé con el a la base en cuanto pasó lo de la floristería, temí por mí y por el bebé. Cuando me ofreció su mano, sentí que era lo correcto, así que, cuando después me propuso matrimonio, mi corazón se llenó y supe que no podía vivir más tiempo sin él. Mi sueño no quedó atrás, abrí una floristería cerca de la base y estaba más que feliz con lo que estábamos formando, por la vida que teníamos, por tenerlo a mi lado, como mi marido fiel que solo me miraba a mí, que me amaba como jamás fui amada por nadie, por el hombre por el que mi corazón latía y abría los párpados cada mañana.

Acaricié su mentón y besó mi vientre antes de levantarme y cogerme en brazos, del culo, como más le gustaba, abarcando lo más posible mis cachas, aunque estaba más grande que antes.

El embarazo hizo que mi cuerpo creciera en las curvas, que se me borrara un poco la cintura, pero parecía fascinado con la pronunciación de mis caderas, trasero y tetas. Decía que las tenía tan redondas y llenas, que podía comer de mi cuerpo por una vida, cosa que, por lo visto, no sería un inconveniente porque seguí lactando y podía succionarme los pechos a demanda, algo de lo que se aprovechaba al bajarme los vestidos y chuparme las tetas como niño inquieto. Le encantaba mi leche, en especial, le encantaba que pudiese tener mis ubres cuándo y cómo quisiera, jamás se las negaba.

Éramos pasión, lujuria y cariño.

Me reí cuando rugió y me hizo brincar sobre su cuerpo.

—¡Hay un niño en la playa! —lo regañé para que se olvidara de la lasciva idea que cruzó por sus ojos azules.

Chistó y me cargó hasta la casa, para llevarme a la habitación, donde volvería a tomarme, donde me convertiría en el objeto de su deseo más obsceno, donde me comería enterita y me haría gritar de placer hasta quedar sin voz, como prometían sus ojos y erección.

Jamás me cansaría de Lucas, de su cuerpo, de su virilidad, de su voz ronca, de su boca golosa, de su miembro enorme al que seguía sin adaptarme y cada vez que se metía en mi interior me hacía ver estrellas. Nunca me cansaría de su mente, de escucharlo, de conocerlo, de enamorarme de mi esposo día tras día.

Bueno, al final, tenía algo por agradecerle a Georgia.

Tenía mi propia familia y al hombre que siempre deseé. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

Índice

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

DEUDA

CAPÍTULO 2

OBSCENO

CAPÍTULO 3

LA VERDAD

CAPÍTULO 4

ENJAMBRE

CAPÍTULO 5

VENGANZA

CAPÍTULO 6

FUEGO

CAPÍTULO 7

ENREDO

CAPÍTULO 8

¡SÍ!

CAPÍTULO 9

PERDICIÓN

CAPÍTULO 10

CONMIGO

EPÍLOGO

IDILIO

SEÑORA S

TAMBIÉN TE PUEDE GUSTAR…

1_.SERIE LIBERACIÓN

2_.SE BUSCA NOVILLA PARA CRÍA

3_.MI ESTRELLA

4_.BESTIA

5_.TU PRISIONERA

6_.¡HÁZMELO!

Señora S

Hay tantas cosas que decir sobre mí…

Mi nombre real no es Señora S, como es evidente, es un seudónimo que tomé prestado del primer personaje que hice; del personaje principal de «¡Házmelo!».

Decir que no soy muy fan de las novelas largas, es decir la verdad, porque no lo soy, pero me encantan los detalles que esconde una historia, por eso mis novelas son cortas.

Espero que hayan disfrutado de este corto relato y que, si lo desean dejen sus cometarios y valoraciones.

OS QUIERE,
SEÑORA S

También te puede gustar...

1. Serie Liberación:



Lena nunca se imaginó que su cuerpo fuese a reaccionar de esa manera… Nunca se esperó que sus senos pesados y grandes la traicionaran.

Desesperada y avergonzada, busca la ayuda necesaria para acabar con su problema.

La solución llega en la consulta médica, pero no es lo que espera. Jamás creyó que el atractivo doctor pudiese proponerle algo tan inmoral que la hiciere calentarse hasta el núcleo.

¿Te atreves a conocer está historia excitante?

» » »

A Mare siempre le pareció que su jefe era un engreído que no sabía cómo tratar a sus empleados, un riquillo que se aprovechaba de su poder para mangonear a los demás y moverlos a su antojo como títeres.

No le gustaba para nada su actitud petulante, al menos así fue hasta que, al verla desesperada, la ayudó a aliviarse, proponiéndole un trato de lo más indecoroso que cambiará su vida.



« « «



Mónica siempre quiso una cosa: tener una familia grande y numerosa. ¿El problema? Su marido no quería más hijos, y su cuerpo se negaba a colaborar.

Medicamentos, citas médicas y tratamientos diversos, en lugar de ayudar, solo le trajeron más inconvenientes, inconvenientes con los que no contaba y de los cuales se necesitaba liberar, sin embargo, sin su marido cerca, o cualquier otra persona más a quien recurrir, su hijastro se ofrece para aliviar sus «malestares» y ayudarle a sosegar su cuerpo.

» » »

Después de la ruptura, Siena solo quería regresar a casa y descansar, pero su organismo tenía una idea muy distinta. Ardía en deseo, su cuerpo palpitaba necesitando el cobijo de un macho que la dominara como tanto quiso durante mucho tiempo.

Estaba caliente como nunca lo estuvo, y todo gracias a querer complacer a su expareja y… ¿Para qué?

Creyó que se incendiaría sola, necesitando unas manos masculinas que satisficieran su concupiscencia, hasta que su hermanastro se apropió de su cuerpo para someterla.



« « «

Violeta solo quería un poco de paz, un poco de libertad y quizá una pizca de calor humano.

No fue a propósito, no lo buscó, sin embargo, cuando más necesitaba de un hombre que le ayudase con las nuevas dificultades que su cuerpo estaba experimentando, apareció él…



Hayden era el nuevo novio de su madre, diez años menor que ella, guapo, atlético y demasiado sensual para sus alborotadas hormonas.

¿Podrá Violeta resistir esa atracción, ese deseo que su padrastro despierta en su cuerpo?

» » »



Maddy solo necesitaba un trabajo donde le pagasen lo suficiente para poder subsistir y saldar las cuentas del hospital.

En una noche desesperada, una notificación a su correo impactó su vida.

¿Sería su trabajo soñado?

Cuidar de un hombre nunca le implicó tanto esfuerzo y satisfacción, después de todo, su «amo» estaba dispuesto a satisfacer las necesidades inquietantes de su cuerpo, aquella ansia en sus pechos colmados y necesitados.

¿Podrá Maddy hallar todo lo que siempre deseo con su nuevo trabajo y su espectacular «amo»?

« « «



Compilación de los relatos anteriores.

Todos relatos sobre lactancia erótica.

» » »



Julieta siempre fue un derroche de sensualidad, de curvas exuberantes capaces de hacer girar la cabeza de más de algún caballero, y su marido no era diferente.

Enoc quedó prendado de su esposa en cuanto la conoció, y cayó rendido a sus pies cuando su aroma penetró sus fosas nasales, cuando sus cuerpos se unieron y, verla embarazada, con sus curvas más sinuosas que nunca, le hizo salivar.

Estaba preciosa, en especial esa parte de su anatomía que provocaba que el incendio en su interior prendiera sus venas y deseara colmar sus labios con la dulzura que se derramó de sus colmados pechos.

¿Podrá Enoc complacer su lascivia con el cuerpo de su deliciosa mujer o el recato de Julieta le impedirá alcanzar su objetivo?

Un relato de lactancia erótica donde el tabú jugará con sus mentes y cuerpos.

« « «



Prometió regresar pronto de su viaje de negocios, pero no fue así. Su cuerpo ardía, pidiendo los brazos de su marido, su boca drenando sus cargados senos que ya no soportaban el peso de su dulce elíxir. Sin embargo, su marido tenía una idea para solucionar su situación…

No, no quería seguir su plan, no podía jugar de aquella forma, no podía faltarle a su matrimonio, en especial, con su suegro.

Ni siquiera lo podía considerar, hasta que el calor de su cercanía abrasó su cuerpo y dejó de pensar y se dejó llevar por la necesidad de aplacar su excitación.

» » »



Desde el momento en que la vio por primera vez, quedó cautivado por su encanto, su belleza antinatural y su figura curvilínea que lo hizo salivar, especialmente por cierta parte de su cuerpo que lo atrajo desde que sus ojos se posaron en su generoso escote.

La deseaba más allá de lo racional, más allá de lo comprensible. Sabía que no debía ser así. Era una mujer fuera de su alcance, prohibida, una mujer que no debería haber despertado su deseo más oscuro, pero lo hizo.

Estaba dispuesto a todo por tenerla, incluso a manipular su alma generosa y su mente inocente.

La tendría; su madrastra sería suya y no habría nada ni nadie que pudiera impedirlo, especialmente cuando pensaba en satisfacer cada uno de sus deseos con ciertas circunferencias de placeres profanos que probaría una y otra vez.

Un relato lascivo que te adentrará en su psique corrupta y te hará disfrutar de su deseo carnal.



2. SE BUSCA NOVILLA PARA CRÍA

«Ser curiosa te meterá en problemas, Julieta», decía mamá cada que me encontraba fisgoneando donde no debía, pero jamás imaginé que mi necesidad por resolver los misterios de la vida me llevaría a una aventura de lo más excitante.

Julieta es una joven escritora a la que le gusta explorar peculiares sitios webs para obtener información para su siguiente novela o para pasar un *buen* rato. Tras una noche revitalizante, un anuncio peculiar llama su atención:

«Se busca novilla para cría».

Aquellas palabras atrajeron su atención, sin embargo, fue la descripción lo que le hizo relamerse los labios y crear mil escenarios incitantes, hasta que la curiosidad la hizo acudir a una pequeña *granja* en un pueblo lejano, para encontrarse con un viril y arrebatador *granjero* capaz de poner su cuerpo en jaque.

Una historia de lactancia erótica que calentará su sistema hasta colmar sus jugosas ubres…

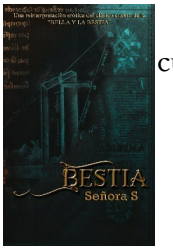
Un ***vaquero*** sensual y una escritora traviesa, ¿qué puede salir mal?

3. MI ESTRELLA



En un principio, cuando me metí en su mundo, jamás me imaginé lo que iba a acabar pasando… Como muchas otras personas, tomé la decisión consciente de llevar a cabo ese trabajo, pero lo hice por una buena razón: mi familia. Necesitaba el dinero urgentemente, y ante las pocas o nulas posibilidades de un trabajo mejor, decidí meterme en el mundo que él me ofrecía. Reconozco que no pensaba hacerlo de esta manera, sin embargo, una vez estuve dentro de su universo… me fue muy difícil salir. Él me atraía demasiado como para imaginarme siquiera ir en contra de su voluntad, y su mundo era tan atrayente como él, y yo, quería permanecer en él. Mas, su mundo no era mi mundo, tenía que dejarlo, pero ¿podría dejarlo a él?

4. BESTIA



Mi padre, era un mercader prestigioso, sus barcos cruzaban cualquier mar, llevando cualquier tipo de mercancía. Sin duda, era un negocio lucrativo, hasta que la tragedia nos sobrevino.

Siendo su única hija, me quedé sola, en la casa, esperando a que, tanto mis hermanos como mi padre, regresaran de altamar, de rescatar lo que había quedado de las naves.

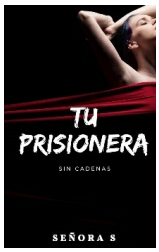
Pero cuando ellos regresaron, no trajeron buenas noticias. Todo estaba perdido, y gracias a eso, mi padre tenía un montón de deudas. La solución de él, fue simple… venderme.

Me habían vendido a un hombre muy rico, todo a cambio de que se pagaran las deudas de mi padre y, además le diera lo suficiente para sobrevivir durante algún tiempo.

Mi destino estaba sellado a fuego. Debía casarme con él, con la BESTIA.

Una reinterpretación erótica del clásico cuento de la «BELLA Y LA BESTIA».

5. TU PRISIONERA



Grace es una chica de la calle, que ha sido despojada de todas las cosas que una persona normal da por hecho. Simplemente es un rostro sucio más de los que se ve en las calles de todo el mundo.

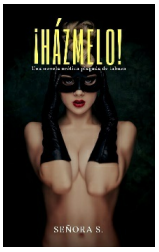
Con un estomago cada vez más hambriento y con pocas posibilidades de llenarlo.

Así es la vida de Grace, llena de sin sabores y oscuros momentos que la arrinconan contra una pared, y la única opción para salvar su vida de morir de inanición, la encuentra en él… ese misterioso hombre que le ofrece una vida diferente a la que ahora tiene; sin peligros de caer en manos de ese mundo oscuro y perverso que la persigue.

El problema con el trato que ese hombre anónimo le propone a Grace, es su vigencia.

¿Puede su trato durar tan poco? ¿O será una eternidad el lapso junto a ese hombre anónimo?

6. ¡HÁZMELO!



Mi nombre es señora S, en realidad, no es así. Todos me llaman "S" –que se pronuncia como "es"–, sin el "señora"; nadie me dice mi nombre, que bien podría ser Sonia, Silvia, Sol, o cualquier nombre que comience con la letra S. Cualquiera que elijan, estará bien para mí. Pero la verdadera razón de mi "sobrenombre", no es más que la representación de lo que más me gusta hacer… tener SEXO, a MON-TO-NES.

Sí, como se habrán imaginado en estas cuantas líneas que han leído, este libro trata del sexo, y por supuesto, de mí; su adorable anfitriona que les mostrara lo que significa –según los psicólogos– ser una persona con hipersexualidad, o lo que antes se conocía como ninfomanía.

Lo curioso de la "ninfomanía" es que sólo se le diagnosticaba a las mujeres y no así a los hombres, pero ahora, ya no se considera que las mujeres sean ninfómanas, lo cual es… genial, creo.

En fin, algunos de ustedes pensaran que este libro será una copia del libro "Diario de una Ninfómana", cosa que no es así. Para comenzar, yo no tengo que enseñarles a los lectores ninguna lección o darles algún mensaje que les sea útil para la vida, eso no lo van a ver aquí.

Si quieren algún libro existencial… pues vayan a los de autoayuda, o simplemente lean a Paulo

Coelho, porque lo que soy yo… no voy a decir un montón de sandeces que podrían ser o no interpretadas de la forma correcta. Además, por algo la categoría es Erótica ¿no?

Así que sí, este libro sólo es un tributo al sexo, por lo que señores y señoras, tomen asiento o acuéstense y prepárense para un relajante momento de sólo pensar en SEXO, no hay nada que analizar, ni nada que entender, únicamente dejen que sus cuerpos y sus más primitivos deseos surjan en ustedes.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de la autora. El contenido de esta novela es completamente parte de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.